

ARTE DE ENCOMENDARSE A DIOS

VICENTE GARRIDO PASTOR

ARTE DE
ENCOMENDARSE
A DIOS



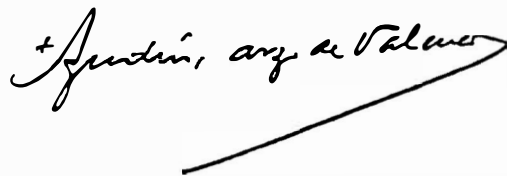
VALENCIA

1997

Primera edición: Valencia, 1955
Segunda edición: Valencia, 1997

Nihil obstat.

+ Agustín, arz. de Valencia



28 de junio de 1996

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

Depósito legal: V. 2.343 - 1997

Artes Gráficas Soler, S. A.
La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

JUSTIFICACIÓN

ESTA obra del Siervo de Dios Vicente Garrido Pastor, editada por primera vez en el año 1955, es una selección del texto traducido del italiano al castellano, por el Abad José Francisco Isla, Madrid, 1783, cuyo autor es el P. Antonio Francisco Bellati, s.j., Padua, 1732.

Un ejemplar del libro del Abad José Francisco Isla, se conserva en la biblioteca del Real Colegio de Corpus Christi, de Valencia.

Al hacer esta reedición, se han verificado, en lo posible, las citas, y los textos en latín han sido traducidos al castellano.

ABREVIATURAS

Biblia

2 Co	<i>2 Corintios</i>	Jn	<i>Juan</i>
Dt	<i>Deuteronomio</i>	Lc	<i>Lucas</i>
Ex	<i>Éxodo</i>	Mc	<i>Marcos</i>
Flp	<i>Filipenses</i>	Mt	<i>Mateo</i>
Gn	<i>Génesis</i>	1 P	<i>1 Pedro</i>
Hb	<i>Hebreos</i>	2 P	<i>2 Pedro</i>
Hch	<i>Hechos de los apóstoles</i>	Rom	<i>Romanos</i>
Is	<i>Isaías</i>	Sal	<i>Salmos</i>
Jb	<i>Job</i>	Sb	<i>Sabiduría</i>
Jdt	<i>Judit</i>	St	<i>Santiago</i>
		1 Tm	<i>1 Timoteo</i>

En este libro se encarece la importancia de la oración, a la que Dios vincula la concesión de numerosos auxilios, con los que el alma triunfa. Le bastará pedirlos con verdadera humildad y mucha constancia. Si pedimos en la oración, el "recibiréis" será un hecho. Jesús cumple su palabra.

Confiamos en que la lectura de este libro será altamente provechosa para los pusilánimes, desconfiados y los que, con las alas de su voluntad abatidas, piensan no tener remedio en su salvación o en su progreso espiritual. Asimismo, a quienes desean adelantar en la estima y modo de tratar con Dios en la oración.

EL AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo nos debemos presentar a Dios cuando le vamos a pedir gracias espirituales

I

Se expone previamente el modo con que le debemos pedir las temporales

1. Pudiendo dirigirse nuestra oración a pedir a Dios gracias temporales, o a pedirle las que conducen a nuestra eterna salvación, es claro que debe ser diverso el modo con que debemos presentarnos a pedirle las unas, que a suplicarle las otras.

2. Piadosa y santa cosa es reconocer al Señor, como autor de todo bien, en aquello que toca a las necesidades, accidentes y conveniencias de la vida presente, y recurrir a él con nuestras súplicas, como a sabio, pródigo y amoroso dispensador y gobernador de todo lo criado. Pero, como ninguno sabe mejor que él lo que nos conviene y lo que no, debemos entonces ponernos en su presencia, como quien duda si pide bien o pide mal, y si la voz con que pide esta o aquella cosa no proceda verdaderamente de la vanidad, de la

concupiscencia, o de un amor propio desordenado. Escribía el apóstol Santiago: "Pedís a sugestión de vuestras pasiones; y no consideráis que vuestro pedir viene finalmente a parar en querer vivir más laxamente, y en sumergiros en vuestras concupiscencias".¹

3. Recurrid, en hora buena, que así lo debéis hacer; mas para recurrir bien, dice san Agustín, debéis recurrir con moderación y con buen modo, y como suplicante.

4. Pero si te fuere negada la gracia, te digo, en primer lugar, que con plenísima resignación te conformes inmediatamente con la voluntad de Dios, porque estás certísimo de que sólo quiere tu mayor bien. Pues qué, ¿no es así, que nuestro mismo bien está pidiendo muchas veces que no sean oídas nuestras oraciones? ¿No es así, que muchas veces se nos niegan muchas gracias que, concedidas, nos perjudicarían infinitamente? ¿Aquellas gracias, dice el mismo san Agustín, que entonces nos franquea Dios, cuando está más altamente irritado con nosotros? ¿Aquellas que atemorizaban más a los santos, que las mayores desgracias de esta vida? ¿Y si las que pides tú son de esta especie? Señor, di entonces con humilde rendimiento, yo estoy ciego, nada veo; pero vos todo lo veis por mí, y esto me basta. Si vos no aprobáis lo que deseo, ni lo quiero desear. Mas a bien que si yerro en lo que pido, yerro a presencia de un Maestro que puede enmendar mi error.

5. Y no me contento con que procures conformarte con la negativa, antes bien, quisiera en segundo lugar, que, considerándola no como repulsa sino como favor, rindieses mil afectuosísimas gracias y te mostrases tan agradecido a él, porque no dio oídos a

¹ Cf St 4, 3.

tu petición, ni más ni menos como si te hubiera otorgado todo lo que pedías. Y muy fácilmente lo harás así si consideras que ciertas repulsas son pruebas positivas de su amor, las cuales deben contarse también entre los dones que salen del tesoro de su beneficencia; y que tal vez es más liberal cuando cierra que cuando abre la mano. En suma, no pocas veces somos más deudores a la bondad con que no atiende nuestras súplicas, que al amor con que las acepta. ¡Oh, y en cuántas ocasiones es más benéfico el Señor haciendo pedazos nuestros memoriales, que signándolos y rubricándolos! En ciertos casos, el negar no es negar, sino dispensar otra gracia mayor.

6. Ni sólo debes estar conforme y mostrarte agradecido respecto a Dios; antes bien, estoy persuadido, en tercer lugar, a que aun por tu misma conveniencia debes quedar alegre, regocijado y contento.

7. Pero si el Señor no me oye, ya pruebo los efectos de su misericordia, ya tengo en la mano una prenda de su amor. Él me ama después de haberle ofendido tantas veces, todavía sabe no condescender, no consentir, sabe negarme lo que le pido. De que Dios lo quiere así no me puedo quejar; pero no quiero dar motivo a quejarme de mí mismo, porque yo lo haya querido.

8. Mas, ¿qué diré de mis presentes disposiciones? Confieso que me parecían buenas; pero, ¿quién me podrá asegurar que verdaderamente lo eran? Acompañé mi súplica, es verdad, con aquella condición acostumbrada de “si era conveniente para mi eterna salvación”, mas ¿quién sabe si la dije con leal y sincero corazón? ¿Amo por ventura mi salvación tanto como digo que la amo? Y si Dios, que la ama tanto más que yo, no da oídos a mis palabras, ¿no sabrá muy bien lo que se hace? Protesté y reprobé que deseaba aquella

gracia únicamente “para mayor honra y gloria suya”; pero sólo Dios sabe si eran sinceras aquellas bellas protestas, y sabe sólo él si serían también constantes. En el calor de una súplica se prometen grandes cosas, las cuales, después, no se cumplen, y aun se pierde la memoria de haberlas prometido.

9. Por tanto, Señor, partiendo de vuestro trono con la repulsa, logro no sé qué paz, que no lograría con el despacho favorable. Yo me confieso deudor de la mayor gratitud a vuestros beneficios, sean las que fueren vuestras determinaciones.

II

*Las gracias espirituales se deben pedir con
intrepidez y con seguridad*

1. Mas cuando se trata de cosas concernientes a nuestra eterna salvación, nos debemos presentar a Dios con aire de firmeza y de resolución. Y para no confundir lo que ahora digo, con lo que en adelante he de decir, es necesario distinguir aquí, que no es lo mismo pedir con firmeza que pedir con confianza; así como no es lo mismo un corazón lleno de esperanza que un corazón vacío de temor. Para pedir con firmeza me basta tener buenas razones para persuadirme de que será bien recibida mi petición; mas para pedir con confianza es menester, fuera de esto, tener buenas razones para persuadirme de que mi petición será bien despachada.

2. Ahora sólo pretendo que la primera vez que te presentes a Dios lo debes hacer con un corazón intrépido, desembarazado y animoso, sin cobardía, sin sujeción y sin tener la menor duda de que serás recibido

con gran gusto, y tu razonamiento con grandísimo gusto será escuchado. Como importa sumamente en todos los negocios, que el primer paso que se da se dé con el mayor acierto, porque al primero suelen corresponder los que se siguen, y por eso se dice que el que comienza bien tiene ya andada la mitad del camino, quisiera yo que el primer pie que metamos en la oración sea un pie animoso y alentado, es decir, de una persona que va a ponerse delante del Señor con semblante humildemente erguido y santamente imperturbado.

3. Acá en este mundo, ésta es la primera introducción y, tal vez, el primer artificio del suplicante, hablar de modo que el hablar parezca recelo de ofender, y que a los demás deméritos que se tienen para conseguir, no se añada el del mismo suplicar, lo que bien podrá ser todo modestia; pero se teme que, cuando no llegue a ser miedo, se tenga por atrevimiento. Mas con Dios no es así: las cosas, hablo siempre de gracias espirituales, van enteramente al revés. Aquel miedo que respecto de los hombres es una favorable disposición, respecto de Dios es perjudicial y dañoso. Con Dios un semblante tímido es un semblante desagradable, incivil y ofensivo. Con Dios una voz trémula es peor, a lo menos que se puede decir, no es mejor que el mismo silencio. En suma, con Dios no sólo es mérito el pedir, sino que es mayor mérito el pedir con mayor brío; y aún es mucho mayor si se hace con tanto mayor ánimo cuanto es mayor el demérito.

4. Por lo cual, antes de toda otra cosa, como preparación y camino a todas las que se requieren para saber orar bien, así, con san Agustín, este principio establecemos, es a saber que: recurriendo por intereses y necesidad de nuestra alma, lo debemos hacer con un corazón intrépido y seguro. Ni yo sabré explicar mejor

el pensamiento de este gran Padre, que diciendo debemos presentarnos a Dios, aun cuando por desgracia nos hallemos en el infeliz estado de enemigos suyos, con aquella misma franqueza con que va a hablar un príncipe a un ministro que es su favorecedor: se encamina derecho al gabinete, corre con su propia mano la cortina, y entra dentro con una cierta resolución, que podía parecer irreverencia, a no ser familiaridad; y como si la estrechez y la confianza que goza igualasen de algún modo la gran diferencia de los estados, habla con libertad, y lo que pide o expone, lo expone o lo pide con tal ánimo que no pudiera ser mayor en la privada fortuna de dos estrechísimos amigos.

5. Felicísima condición de los hombres, por haber de tratar con un Dios que aun a sus mismos enemigos les concede, por decirlo así, la llave dorada de su gabinete, y con él, por lo que respecta a pedirle gracias espirituales, tanta entrada tiene el pecador como el justo, y se las puede pedir con la misma firmeza que el justo, con la misma seguridad que el justo, y con el mismo valor que el justo; antes bien, quizá, o sin quizá, tiene un título más para pedírselas con más valor, con más firmeza y con más seguridad.

III

*Que nuestra intrepidez en pedir debe imitar a la
intrepidez de Cristo al tiempo de morir*

1. Debemos imitar al mismo Jesucristo Señor nuestro; y fijando los ojos en su persona, tomar un aire semejante al que él tomó cuando, al acercarse el tiempo de su Pasión, se volvió hacia la ciudad de Jerusalén, a donde iba a consumir su sacrificio; pero no basta: se

volvió con un aire franco y animoso, con un semblante lleno de firmeza y de valor, con un semblante, en fin, en el cual, como dice san Jerónimo, se dejaba admirablemente reconocer la elevación, la intrepidez y la magnanimidad de su espíritu.

2. Así, pues, debemos imitar a Jesucristo en esta ocasión; porque no hay cosa más justa que el esforzarnos a pedirle el fruto de su muerte con aquel mismo semblante que él mostró para morir. Si él presentó el suyo lleno de firmeza para padecer por mí, yo debo presentar el mío desembarazado y animoso para aprovecharme de su Pasión. No se dirá jamás que yo sea menos intrépido, respecto de mis fuerzas, para volverme a mi Salvador, que lo fue mi Salvador para volverse a la cruz. Confieso que no parece ser muy conforme un semblante firme y seguro con la postura común de quien va a suplicar. Pero cuando el que suplica, suplica por su salvación, y suplica a un Dios, que por su salvación se entregó a la muerte, y no le suplica por otra cosa que por aprovecharse de esta misma, y gozar por su intercesión, ¿con qué mejor semblante se puede presentar, que aquel con que se presentó el mismo Dios cuando salió a recibirla? Revístase entonces de ánimo y de valor, y haga cuenta que el mismo aire que tomó Cristo para morir, éste y no otro es el más apropiado para suplicar. El que así se presenta a Dios, el que así comienza, no sólo comienza, sino que ya tiene mucho adelantado en su petición.

3. Por pecador, pues, y por miserable que seas, antes bien, por lo mismo que eres un miserable pecador, debes exponer tu súplica con voz más alta y más entera. El único fin de ésta ¿no es introducir y establecer en tu alma el reino de Dios? Y siendo esto así, ¿de qué tienes miedo? Tu oración camina sin tropiezo. Aquí no hay condiciones que poner, ni cláusulas o res-

tricciones que añadir; cierto estás de que no te responderán: no sabes lo que te pides. Dios no te puede hacer callar, pues él mismo te manda y te enseña a que le hables en este asunto. Así pues, háblale con resolución, y dile:

“Señor, yo erré en lo que pequé, mas no yerro en lo que pido; antes bien, con lo mismo que pido, enmiendo en parte lo que erré. Si pudiese salud, prosperidad, honras, riquezas u otras cosas semejantes, podría temer que no fuese esto pedirnos una nueva cadena; os pido la libertad que gozan vuestros hijos, os pido ser desatado de los grillos de mis pecados. Humíllome en vuestra presencia, por la gravedad de mis culpas, y al mismo tiempo me animo y me conforto por la justicia de mis súplicas. Confúndeme el estado en que me veo, pero igualmente me esfuerza y me da espíritu el saber que sólo vengo a vos por salir de tal estado. El que está cierto de que viene a haceros una súplica que os es muy agradable, una súplica tomada de aquella, o por mejor decir, aquella misma que vos mismo le sugeristeis palabra por palabra: ‘Así oraréis’;² una súplica más vuestra que suya, porque vos mismo la dictasteis; una súplica que, siendo vos el que la ha de despachar, fuisteis el Maestro que se la enseñó; una súplica, en fin, que la medida de vuestra alegría en recibirla, es la misma de mi necesidad en demandarla. Aquél, vuelvo a decir, que está cierto de todo esto, ¿cómo puede dejar de ponerse en vuestra presencia con un semblante firme, seguro y desembarazado? Y sabiendo vos a qué viene, y cómo viene, ¿podéis dejar de estar ya prevenido en su favor? ¿No os tiene ya, por decirlo así, como ganado?”

² Cf Mt 6, 9.

IV

En qué se funda esta nuestra intrepidez

1. Y para que veas sobre qué fundamento estriba esta intrepidez a que te exhorto, te ruego que oigas, peses y consideres lo que te voy a decir. Mediador entre Dios y los hombres, como afirma san Pablo, es Jesucristo; y entró en el cielo para presentarse delante de su Padre por nosotros, para esforzar nuestras súplicas con su poderosa mediación. Y ésta es la razón por la cual la Iglesia termina todas sus oraciones, sean por cosas espirituales o por temporales necesidades, interponiendo el santo nombre de Jesucristo: "Por Jesucristo nuestro Señor".

2. Pues, supongamos ahora que yo recurra a Dios pidiéndole alguna terrena conveniencia, o alguna utilidad temporal mía. En este caso, no sólo será menos mi aliento y mi valor, por la duda o por el miedo de si me será o no conveniente lo que pido, sino también por respeto al mismo Jesucristo, en cuyas manos, como intercesor, pongo mi súplica.

3. Por una parte me consuela que sea mediador mío aquel en cuyas manos puso el Padre Eterno todas las cosas; mas, por otra, me desanima, no poco, la consideración de que aunque esté a favor mío su mediación, está contra mí su mismo ejemplo. Él, mientras estuvo en esta vida mortal, no sólo despreció estas cosas bajas y viles que yo pido, sino que pudiendo hacer elección entre los bienes y los males de este mundo, entre los honores y las ignominias, la riqueza y la pobreza, la vida y la muerte, escogió los segundos, sin hacer caso de los primeros. ¡Y es posible que por las manos de un Señor, que hizo esta elección para sí,

han de pasar las súplicas de quien desea y pide todo lo contrario! Bien puede ser que, no obstante, se quiera interesar en favor mío; mas si intercede la voz, no sé yo si intercederá la persona, la cual, mostrando en sí misma todos los males a que se quiso sujetar, hace un horrible contraste y una grande oposición a cualquier bien o conveniencia temporal que yo demande. Siempre será verdad que empleará su voz en una cosa que no quiso para sí; en una cosa que él mismo me exhortó a despreciarla, no sólo con sus palabras, sino también con sus mismos hechos. Sé muy bien que en acudir a él, aun para estas cosas, nada hago contra su santa voluntad, antes bien, estoy cierto de que le honro con mi recurso.

4. Cuando pido cosas espirituales, cuando clamo, insisto y aprieto por mi eterna salvación, corro derecho a mi divino Mediador y hallo que todo concurre en él para animarme y para dar aliento a mi oración; su voz, su misma persona, cuanto dijo, cuanto hizo y cuanto padeció. Hallo que todo conspira a favor mío, que todo promueve, sostiene y se declara parcial de lo que pido.

5. Arrodióllome al pie del divino trono, y como que veo a Jesucristo, que al instante se levanta en pie, se alza de repente, y se pone así delante de su Padre: "Veo a Jesús de pie". Está en pie, porque al mismo tiempo que yo comienzo a abrir la boca, él también, no sólo la abre por mí, sino que la abre como en cosa de igual interés suyo que provecho mío. No se puede contener, no puede estar sentado; clama, ora y perora en aire de transportado, de acalorado y conmovido. Ni clama sólo con la lengua; clama también mudamente por mí, con toda su persona, con sus oprobios, con sus abatimientos, con sus desprecios, con sus llagas, con su cruz y con su muerte; todo cuanto se ve en él con-

cuerda y hace armonía con lo que yo pido; todo es voz por mí, pero voz de fuerza y de energía; voz que pide, y pide lo que de justicia se le debe; voz que suplica, y quiere absolutamente lo que expone.

6. Pues, ahora bien: si yo sé que mi oración está sostenida de tal apoyo, si en toda la vida de Jesucristo no hay cosa que no esfuerce ni demande, que no tenga conexión, relación o influencia en lo que pido, si finalmente, en gracia suya, y en gracia mía, toma Jesucristo sobre sí con tanto calor y con tanto empeño, el buen despacho, ¿con qué anchura de corazón, con qué franqueza de semblante, con qué intrepidez de espíritu no pediré audiencia a Dios? ¿Con qué resolución no le suplicaré? Y ¿cuán distante debo estar de aquella triste, de aquella ominosa cobardía que, o del todo nos retira de la oración, o es una de las peores disposiciones que puede tener el que se resuelve a orar?

V

*Cómo se puede componer la intrepidez en el pedir,
con la tristeza y confusión que nos deben
causar nuestros pecados*

1. Ni por lo dicho hasta aquí se ha de pensar que la intrepidez y el ánimo con que nos debemos presentar a Dios ha de excluir aquella piadosa confusión, ni aquella santa tristeza que tanto conviene a un pecador que se presenta ante su divina Majestad. Mas para conocer cuál debe ser ésta, es menester distinguir, y de muy buena gana lo advierto, tristeza de tristeza.

2. Hay una tristeza que se llama piadosa y santa, porque de tal manera humilla y confunde al pecador, que lejos de acobardarle o retraerle, le estimula y le es-

polea a recurrir a Dios; tanto, que con verdad se puede decir, que si el pecador fuese menos humillado, o estuviese menos confuso, menos prisa se daría a recurrir a él; porque la humildad y la confusión, en que está como abismado, tanto le ayuda para andar a Dios, comunicándole tal ímpetu y tal fuerza, como comunica a una fuente para arrojar el agua hacia arriba su mismo declive, y la caída o precipitación del sitio. A este modo, el publicano, cuanto más triste se muestra y menos se atreve a levantar los ojos al cielo, con más valor alza la voz y grita: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Así también, el pródigo, cuanto más abatido gime bajo el peso de su misma miseria, con mayor fuerza exclama: ahora es tiempo de levantarme, ahora es tiempo de volverme a arrojar en los brazos de mi padre. "Me levantaré..., e iré a mi Padre."³ Dirías que aquella fuerza, que parecía no tener cuando cayó, le comenzó a correr por las venas al mismo abrir los ojos, y hacer reflexión a su caída. Tal es la verdadera caída, tan lejos de las aprensiones del miedo, y de los recelos de la desconfianza, como distan de la virtud las perturbaciones de la pasión.

3. Otra tristeza hay perniciosa y condenable, en cuya virtud el ánimo y el corazón del pecador, poco a poco, se van debilitando hasta perder enteramente las fuerzas; tristeza, que al contrario de aquélla, que desciende para elevarse, es un peso, por decirlo así, de agua cenagosa que, donde llega, allí se para, se estanca y forma una laguna. Es ésta una tristeza que aparta al pecador de Dios, metiéndole en aprensión, y llenándole de miedo a su semblante; tristeza que, como un vapor pestilente, o como una mortal apoplejía, le aco-

³ Cf Lc 15, 18.

mete, le embarga todos los miembros, y le deja inmóvil para que no pueda dar un paso hacia Dios.

4. Tal fue la tristeza de Adán que, entristeciéndose y confundiéndose con su pecado, llegó a concebir un temor que se acercaba mucho a delincuente. Tal, sobre todo, la de Caín, el cual después de la envidia execrable en que se encendió contra su hermano, en lugar de aquella tristeza, que siendo de Dios y según Dios⁴ es siempre sosegada, y da valor, aliento y espíritu para salir de pecado, se entregó a aquella que desanima, que acobarda, y que afligiéndonos por el pecado cometido, nos deja estar en el mismo pecado; y al mismo tiempo que se entristece por las culpas pasadas, se va encaminando a cometer otras nuevas y mayores culpas.

5. Está Dios observándolo desde lo alto del cielo, y con palabras de una reprensión amorosísima: ¿qué especie de abatimiento es éste? Como si quisiera decir: leyendo estoy en tu semblante tu falta de corazón, viendo estoy tu espanto en esos ojos inmóviles y fijos. Pero, ¿no adviertes que el tenerlos tan clavados en la tierra, es lo mismo que cerrarte tú mismo el camino a la reconciliación? Álzalos, ¡oh, miserable!, sí, álzalos y mírame. No, no quiero ver en el pecador un semblante abatido; gústame, sí, verle humildemente inclinado, pero al mismo tiempo, confiado, animoso y sereno; es decir, que por una parte sabe desalentarse con el dolor y avivarse con la confianza, que sabe comprimirse y dilatarse, humillarse hasta la tierra con la confusión, y elevarse hasta el cielo a pedir socorro, lleno de fe y de esperanza. Un semblante, en suma, que a un mismo tiempo, penetrado de dolor y animoso, busca el mío, halla el mío, se fija en el mío, aun cuando el mío es to-

⁴ Cf 2 Co 7, 10.

davía enemigo suyo. Por airado que yo esté contra él, ¿cómo podré dejar de ver y recibir con mucho gusto a uno que me ofendió, y viene a mí para reconciliarse sinceramente conmigo, que viene para amarme? Hombre desventurado, ¿tienes por atrevimiento el mirarme, y no tuviste por tal el ofenderme? ¡Como si no lo fuera el cometer el delito, y lo fuera el solicitar el remedio! Anda, anda, que por ese camino te vas a arrojar en el mayor precipicio que es posible. Porque, ¿dónde le hay mayor, que el querer vivir siempre escondido, fugitivo y ausente de mi semblante?

6. De esta manera mereció Caín ser reprendido por Dios. Pero nosotros, al contrario; llenos, sí, de confusión, mas aquella del publicano, aquella del pródigo, aquella que según el Apóstol: "La tristeza según Dios produce un arrepentimiento saludable", ⁵ presentémonos francamente a Dios y digámosle: "Gracias, Señor, a vuestra inmensa bondad, porque ya no me habéis de condenar como a un hombre que no sabe el modo con que un pecador debe recurrir a vos, y ponérseos delante. Confieso con la mayor confusión mía, que fue monstruosa mi temeridad en ofenderos. No puedo tener paz cuando me acuerdo de haber pecado descaradamente, tantas veces, a vuestra misma presencia. Con todo eso, nunca sea verdad, ni vos mismo lo permitáis, que yo tenga temor que me desvíe, ni que me acobarden aquellos ojos que fueron testigos de mi pecado. ¡Ojalá que me hubieran acobardado para no atreverme a pecar! Mas ya que por mi suma desgracia no me acobardaron, cuando el no haberlos tenido me hacía tanto daño, haced, Señor, que no los tema, cuando el no acobardarme de ellos me producirá tanto pro-

⁵ Cf 2 Co 7, 10.

vecho. Si entonces me dejé llevar de un atrevimiento que os ultrajó, al presente quiero tener uno que ceda en honor vuestro; uno que os dé más gusto que disgusto os causó el otro; uno, que si no me engaño, enmiende todo lo que el otro erró.

Me veis, pues, aquí en vuestra presencia, con ánimo bien resuelto, sin descomponerme y sin avergonzarme de veros, de hablaros, ni de que vos me veáis y me escuchéis. No, Señor, nunca se dirá que por demasiada cobardía no conseguí lo que deseo. Si tratando con vos he de faltar en algo, antes quiero faltar por demasiada animosidad que por demasiado respeto. Mas, ¿qué digo yo: faltar por demasiada animosidad? Cuando quien ocupa el trono es la bondad misma, la animosidad del que pide nunca es ofensa, antes bien, respeto y reverencia. Entonces, el más animoso es el más reverente; y, por el contrario, es menos reverente el más cobarde.

CAPÍTULO SEGUNDO

Primera condición, querer seriamente aquello mismo que se pide

I

Algunas señales de que no siempre se quiere seriamente

1. La primera condición es una seria voluntad de aquello que se pide, la cual, por otros términos, según san Pedro Damiano, se llama sinceridad de oración. Son cosas muy distintas pedir y querer. Si aun aquello que se pide no se quiere, ¿qué fuerza puede tener nuestra oración? Hágase lo que tú quieres, porque ese tu pedir es un verdadero querer. ¡Oh, cuántas veces se pide a Dios, por ejemplo, el vencimiento de aquella pasión, el olvido de aquel odio, de aquel amor, la victoria de aquella costumbre inveterada, y qué sé yo, en las cuales se podía hacer al que ora aquella pregunta que hizo Cristo al paralítico: “¿Quieres ser curado?”. ¿Son verdaderamente tus labios aquellos cuyas palabras nunca salen defraudadas en la presencia de Dios, porque son labios en los cuales el mismo hablar es querer, pues sólo se mueven a impulso de la voluntad que tiene a su cargo todo su gobierno?

2. Y la verdad, ¿se podrá decir que quiera verdaderamente la salud el que se la pide a Dios, por decirlo así, no más que con la puntica de la lengua? ¿El que habla con Dios más por puro y simple cumplimiento, que como quien le habla en un negocio que mucho le interesa? ¿El que ora de manera que las palabras de su oración, en frase de san Hilario, se pueden llamar palabras cortesanías y de pura ceremonia, tan breves que no cansen, y tan superficiales que no muestren el menor empeño? ¿El que ni aun llega a esto siquiera, pues al mismo tiempo que habla está tan lejos de pensar en lo que pide, como el que sueña de saber lo que se habla?

3. ¿Se podrá decir que quiere verdaderamente la salud el que sólo la pide alguna vez, cuando se acuerda, cuando conoce, cosa verdaderamente extraña en un enfermo, y muchas veces enfermo mortalmente, que está privado de ella, ya que por lo común no piensa más en su mal, que lo que piensa el que está perfectamente sano; y aun cuando entonces pide la salud, la pide como una cosa por la cual no tiene ansia ni empeño particular; como una cosa que si la consigue, bien, y si no la logra, no por eso se quiere desesperar?

4. Hablar con juicio, decía uno, es hablar con una lengua que tiene la raíz en la cabeza; como hablar con ingenuidad es hablar con una lengua que tiene la raíz en el corazón. Y, ¿no es demasiada verdad que la lengua de algunos, cuando hablan con Dios, no tiene correspondencia alguna, ni con el corazón ni con la cabeza? Porque ni la cabeza ni el corazón tienen noticia de lo que piden, o, a lo menos, nada influyen en su petición; o cuando tengan algún influjo es sólo el que basta para dar movimiento a la lengua, mas no para comunicarle espíritu ni vida.

5. ¡Oh, y quién pudiera examinar las súplicas que algunos hacen a Dios! ¿En cuántas se encontraría la contraseña de una perfecta indiferencia y neutralidad? ¿En cuántas se vería estampado el sello de una total o casi total desatención? ¿En cuántas se verían clarísimas señales de que el que suplica lo hace como quien recita de memoria, y como uno que fácilmente se acomodará al sí y al no? Se pide, es verdad, pero se piensa poco o nada en lo mismo que se pide; se pide, pero sin apurarse mucho por conseguir aquello que se pide; se pide, pero sin interesarse en que se logre o no se logre, se despache o no se despache el memorial como se pide; en conclusión, se pide, pero con la mente tan olvidada del corazón, y con el corazón tan ajeno de la mente, que la mente sabe y no sabe, el corazón quiere y no quiere lo mismo que está pidiendo.

6. Pero, y ¿qué sería si el ánimo del que pide, no ya fuese indiferente o ajeno, sino clara y positivamente contrario; esto es, no sólo no apoyase su súplica con calor, mas se opusiese a ella, y más o menos retirase? Yo no sé si se hallaba san Agustín en este deplorable estado cuando, como él mismo dejó escrito en el libro 8 de sus *Confesiones*,⁶ pidiendo a Dios la libertad, en el mismo acto de pedirla, tenía miedo de alcanzarla; y contraponiendo deseo a deseo, y voces a voces, retiraba la súplica, y casi, casi en el mismo instante que quería, se arrepentía de haber querido. Una cadena de hierro, dice él mismo, compuesta de cuatro eslabones, esto es, de la voluntad que se rinde al sentido, del sentido que sirve a la concupiscencia, de la concupiscencia que se hace costumbre, y de la costumbre que pasa a necesidad, por el largo uso de tener amarrado mi

⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro 8, cap. V y VII.

propio querer, le habían hecho a él mismo de hierro. Pero a lo menos, esta su férrea voluntad, de tiempo en tiempo, dentro de sus mismos hierros se agitaba, y con un contraste que finalmente tuvo éxito feliz, después de haber rehusado la libertad, nuevamente la pedía, y alternativamente temeroso y deseoso de su bien, volvía a presentar de nuevo aquella misma súplica que había retirado.

7. Sea lo que fuere de san Agustín, es demasiado cierto que hay algunos que piden solamente por pedir, mas no por querer; antes bien, ni quieren aquello mismo que piden, ni se oponen jamás a esta contrariedad que hay entre su corazón y entre su lengua, conociéndose que la aman, por lo mismo que no se oponen a ella. Y los que oran de esta manera, ¿estarán en el camino real que conduce al buen despacho? Y los que oran de esta manera, ¿honran a Dios, o se burlan de él y le ultrajan?

II

Otras señales de que no siempre se quiere seriamente aquello que se pide

1. Otras veces se pide una gracia de la mayor consecuencia como, por ejemplo, romper aquella amistad, cortar aquel empeño, salirse fuera una vez; y parece que el corazón va de acuerdo con la lengua, que conviene con la súplica y que enteramente la aprueba. Pero que: se quiere verdaderamente lo que se pide, mas no para entonces, sino para después de algún tiempo. Se quiere, mas no de presente, sino de futuro; se quiere, pero allá para otra estación; es a saber, cuando en edad más fría sea más estimada la gracia;

cuando la pasión menos encendida la haga aceptar con menos vencimiento; cuando el fastidio y la saciedad le digan que sea bien venida. Pero decidme, por vida vuestra: ¿quién quiso y deseó jamás verdaderamente una cosa, queriendo y deseando al mismo tiempo que tardase en venir y en conseguirse? El querer que tarde en llegar, ¿es tener gana de tenerla, o una prueba clara de no apreciarla? Y el que pide una gracia de esta manera, ¿se podrá decir que quiere lo que pide, o que la quiere conseguir al mismo tiempo que la solicita? O si la quiere para otro tiempo, ¿estará seguro de que cuando ésta llegue no querrá todavía que se dilate?

2. Otras veces, finalmente, pensamiento muy verdadero en que no hago más que seguir a un insigne autor moderno, parece que toda la voluntad se dobla, y se emplea toda en desear con ansia lo que se pide. Pero obsérvese bien la ilusión. Añade tácitamente un cierto no sé qué, el cual destruye enteramente el asenso; una cierta condición, que no se puede componer con el resolverse. Quiero, dice, pero con tal que..., y este con tal que, bien explicado, viene a significar lo mismo que un no quiero. Señor, dice la lengua, dadme gracia para que me salve; sí, repite el corazón, lo pido y lo quiero, con tal que no me sofoque a mí mismo, ni sea necesario hacerme gran fuerza. Asistidme, Señor, con vuestros auxilios eficaces; sí, pero auxilios tales, que ellos mismos me lleven en el aire, carguen conmigo, y no me dejen sentir el trabajo ni la fatiga del caminar. Concededme, mi Dios, que sea casto, y que pueda siempre resistir a todas las sugerencias del enemigo; sí, pero sin apartarme de aquella ocasión, sin dejar de tratar a aquella persona, sin romper aquella amistad. Otorgadme que por ningún interés me deje arrastrar a concurrir en cosa alguna que pueda vulne-

rar la más exacta justicia. Pero sea sin abandonar aquel empleo, sin renunciar a aquel cargo, sin separarme de aquel manejo, solicitando mis mayores conveniencias y promoviendo mis seculares deseos con la misma codicia y con la misma pasión que antes.

3. ¿Y quién podrá dudar de que no pocos, ni muy raras veces, se ore de esta manera? Pues ahora pregunto yo, primero: ¿el que así ora se podrá decir que desea verdaderamente lo que pide? Pregunto, segundo: ¿y diremos que Dios oye al que ora con esta conformidad? Pregunto, tercero: ¿y creeremos no ya que Dios quiera, sino que pueda oírlo jamás? No, segurísimamente; porque ciertamente no puede; con todo su infinito poder no tiene modo para condescender con una oración tan monstruosa. Porque el que pide y dice que quiere conseguir el reino de los cielos, y al mismo tiempo no quiere hacerse aquella violencia que es necesaria para conseguirlo, antes bien, quiere lograr la corona sin la batalla, y obtener el premio sin merecerlo, quiere una cosa tan imposible al mismo Dios, como lo es el que éste mude el orden de su providencia, el curso de la presente justicia y la inmutabilidad de su consejo. Quien le pide auxilios para observar su santa ley, queriendo excusar el trabajo de cooperar a ello, se ve que hace una súplica repugnante; pide una cosa, y otra quiere, claramente contraria a la primera; pide que Dios le ayude para cooperar, y quiere que Dios lo haga todo, sin que él coopere. Pero, ¿esto es pedir socorro, o dispensa? ¿Es querer ser ayudado, o ser eximido? En suma, pide al Señor la asistencia de su gracia, pero al mismo tiempo quiere las ocasiones en que peligra, y los peligros en que se pierde.

4. Quede, pues, establecida esta primera indispensable condición de la oración verdadera: que es preciso querer seriamente lo que se pide, y que no se puede

decir que seriamente lo quiere el que solamente lo pide con los labios, sin hacer él mismo reflexión a lo que pide; ni el que lo pide fríamente, medio de burlas y medio de veras, sin interesarse en lo que pide; ni el que interiormente repugna a lo que pide exteriormente; ni el que tácitamente pone condiciones incompatibles con lo que pide. Dios nos empeñó su palabra de que oiría nuestra oración verdadera, pero no la falsa; ¿y quién no ve cuán falsa sea aquella oración que es sólo oración de la lengua, y aquella que no es enteramente oración de corazón; y aquella que es contradicción del corazón con la lengua; y aquella, finalmente, que es contradicción del corazón consigo mismo?

III

*No toda contradicción interior es prueba de que
no se quiere lo que se pide*

1. Pero se debe advertir que no porque tal vez se pruebe alguna repugnancia por parte del corazón, se debe luego creer que la oración es falsa, insuficiente y defectuosa. ¿Qué cosa más fácil y más frecuente en un corazón de tierra, que sentir contrariedad a todas aquellas gracias que le han de desnudar de lo terreno, para llenarle de lo celestial? ¿Ni quién se ha de admirar de que en un hombre de carne se amotine una voluntad de carne contra lo que ordena el espíritu? Pero amotínese cuanto ella quiera, y no ya se amotine solamente de tapadillo, enmascarada, y con tanta sutileza que apenas se conozca su rebelión, como muchas veces lo experimentan los más justos, sino que tumultúe a cara descubierta, a banderas desplegadas y de un modo claramente pertinaz y sedicioso. Enhorabuena.

Si no obstante se le contradice a ella, como ella contradice al espíritu, si al mismo tiempo que combate, es combatida, y con fuerza superior, o del todo se la vence o, a lo menos, se la reprime, y mortifica; es claro que, en este mismo contraste, crece el mérito, el valor y la virtud de la oración, la cual nunca quiere más aquello que quiere que cuando lo quiere, a pesar del enemigo doméstico que desea y clama por lo contrario. A la manera que un pobre hombre cubierto de llagas, el cual conoce que sólo puede recobrar la salud a violencia de hierro y de fuego del cirujano; mas si no obstante la oposición de la voluntad sensitiva que repugna fuertemente a la incisión, él, con otra voluntad racional y superior, la quiere, la pide y no cesa de clamar por ella hasta haberla conseguido, ¿quién no dirá que la voluntad de sanar no sea en él una voluntad resuelta, y mucho más resuelta que lo sería si no hubiera padecido aquel contraste?

2. Amabilísimo Redentor mío, decía un alma que experimentaba en sí esta contrariedad, yo soy como uno de aquellos energúmenos que vos curasteis cuando vivíais en carne mortal.⁷ Mi pasión es mi demonio; en la posesión que ha tomado de mí, ella mueve mi lengua, y la hace hablar en daño mío. Bien veis vos, ¡oh, Dios y Señor mío!, que aquellas corpulentas voces, aunque se sienten dentro de mí, no son mías. Mías sí que son las voces contrarias, y por mías las reconozco; porque piden cosas que ceden en gran provecho mío, y no poco honor vuestro. Por débil que sea una voz que pide bien, siempre será más grata a vuestros oídos, que una voz muy robusta que pide mal. Pero diré mejor, que aquella voz no es ya mía, sino

⁷ Cf Mt 8, 29.

vuestra; porque es voz de piedad, de virtud y de justicia, y siempre es vuestra semejante voz. Y si es vuestra, a vos toca hacerla más vigorosa, de manera que aunque yo ya la percibo, todavía la perciba mejor. Toca a vos condenar a un eterno silencio a aquel injurioso espíritu, y mandarle que enmudezca y se retire. Mientras tanto, no cesaré yo de repetir aquellas dulces palabras de vuestro real profeta: "Di a mi alma: yo soy tu salvación".⁸

3. ¡Qué estado más feliz que el de una voluntad que en nada contradice a los deseos que hacen la guerra a la pobre alma! ¡Una voluntad que, combatida de una pasión que la lisonjea, en vez de hacerle resistencia, la acaricia y se pone de su parte; que se entristece cuando piensa combatirla, y se entristece más si llega a persuadirse que la podrá vencer! En una palabra, una voluntad que perdiéndose inútilmente en estériles, ociosos e inconcluyentes deseos, no sabe otra cosa que decir: sería bueno, pero...; quisiera, mas... ¿Habrá algún remedio para esta alma constituida en este tristísimo estado? Sí le hay, y yo te lo prometo segurísimo. Estáme atento.

IV

*Qué es lo que se debe hacer para querer
seriamente lo que se pide*

1. El remedio es volverse confiadamente y más que nunca a Dios, por medio de la oración, y pedir por primera gracia de todas, la gracia de querer. Como el ma-

⁸ Cf Sal 34, 3.

yor enemigo que tienes no es la pasión, sino tu misma voluntad, contra la cual poco o nada pueden todos tus esfuerzos, cuando te vuelves a Dios suplicándole que te dé la voluntad, haces lo mismo que suele hacer un capitán cuando, no pudiendo expugnar una fortaleza con fuerza declarada, solicita ganar al que tiene en su poder las llaves de la misma fortaleza.

2. Convienen todos los teólogos en que entre el infinito caudal de gracias diferentes, encerrado en los tesoros de la divina económica providencia, hay algunas destinadas a socorrer con fuerza la flaqueza de la voluntad humana, siempre que, cooperando a los celestiales impulsos que la previenen, se aplique a pedir las e implorarlas en la debida manera; entonces, acuden oficiosísimas a dar la mano y auxiliar al que las imploró. Corren tan apresuradamente, tan de buena gana, que parece estaban como violentas y aprisionadas en las manos de Dios, y que, el desprenderse de ellas para volar a nuestro provecho, sea conseguir ellas mismas su propia libertad. Pero hay otras, de muy distinta naturaleza, las cuales se podrían llamar gracias belicosas, de facción y de combate, por cuanto empeñadas en pelear contra una voluntad rebelde y obstinada que huye de ellas, que las mira con aversión, y que les da, por decirlo así, con la puerta en los ojos, la embisten con bravura, la pasan por varias partes y de diferentes maneras, hasta que finalmente doman aquella pertinaz, haciendo que no sólo no se oponga ni resista ya a su entrada, sino que la desee, la pida y la quiera, de modo que la que parecía obstinación de una plaza inconquistable, venga a parar en una voluntaria y gustosa franqueza de puertas, abriéndoselas de par en par. Entre las gracias del Señor, unas, atentas, cortesanías, dulces y oficiosas, están siempre batiendo las alas para volar a la menor contraseña de nuestras oraciones;

otras, guerreras y poderosas, están continuamente sobre las armas, para vencer nuestra resistencia y cambiar en súplica la contradicción.

3. Y así debe ser, Dios y Señor mío, que no solamente los dóciles y los obedientes, sino también los rebeldes y los contumaces se sujeten a vuestro dominio; que podáis, siempre que os agrade, arrodillar y tener en orden aquellas voluntades que resisten más a vuestros divinos preceptos; y, lo que es más admirable y más digno de vos, que para esto no tengáis necesidad de recurrir al almacén de vuestro infinito poder, donde os sobran armas para forzar nuestro corazón, sino sólo a los tesoros de vuestra infinita sabiduría, donde halláis infinitos medios para hacernos querer libremente todo aquello que vos queráis que queramos; o por explicarme de otra manera, tenéis mil arbitrios para conducirnos a lo que vos queréis, dejándonos el honor y mérito de haber querido; y encima, que con un cierto manejo de vuestro poder, propio sólo de vos, y de vos sólo practicable, sepáis disponer de nosotros con una delicadísima reverencia o sumo respeto a nuestra liberalidad, y al mismo tiempo con infalible suceso.⁹

4. Las gracias, pues, de esta especie, son las que nosotros debemos pedir, cuando en las cosas que son necesarias a nuestra salvación experimentemos repugnancia y rebeldía en nuestra voluntad. La primera cosa que habíais de emprender, Dios mío, contra este tan indigno pecador, es reducir mi rebelde, mi loca voluntad, la cual, abandonando vuestras banderas, se ha pasado a las de vuestros enemigos. Muchas veces he oído decir, que así como el hielo más duro se ablanda

⁹ Cf Sb 12, 18.

y poco a poco se deshace al benigno calor del rayo solar, o se quebranta y se hace pedazos a fuertes golpes de mazo o de martillo, así vos, Señor, indefectiblemente, traéis nuestra voluntad a la vuestra, unas veces con gracias dulces y suaves, y otras, con gracias fuertes. Si no hay otro camino, si de ninguna otra manera se puede reducir mi voluntad, levantad vuestro poderoso brazo, y mal que me pese, descargad sobre mi corazón una gracia que la haga pedazos; una gracia, por decirlo así, de golpe, y de golpe fuerte; una gracia de martillo, que le haga añicos y le reduzca a polvo. En el miserable estado en que me hallo, no sé pedirlos con resolución que me hagáis sentir el dolor de mis heridas, pero que: he aquí, Señor, una oración de nueva forma que os presento. En lugar de la oración que debía haceros mi corazón, os presento la que mi necesidad debe presentaros. Ésta suplirá las voces que a mí me faltan. Ella clama, ella os suplica, ella os ruega en lugar mío, y os conjura por vuestra infinita misericordia me queráis conceder una vez aquello mismo que no pido; aquello mismo que no sé pedir; aquello mismo que siento aversión a pedir; en suma, aquello mismo que conozco y confieso que debiera pedir.

V

Confírmase lo dicho con un lugar del Apóstol de las Gentes

1. Pero yo no puedo poner fin a este capítulo sin hacer presente, a quien por su desgracia sintiera en sí una voluntad tan depravada, un delicadísimo pensamiento del Apóstol, que explicándole yo, como el Crisóstomo y otros Padres lo entienden y lo explican, no

puede menos de confortarle y animarle sumamente. Yo, dice el Apóstol en la epístola a los Filipenses, hago cuanto puedo para conformarme con Jesucristo en sus aflicciones, para entrar en compañía con él en la participación de sus tormentos, y para irle poco a poco copiando en la atrocidad de su muerte, para ver si de esta manera puedo de algún modo ser semejante a él en su gloriosa resurrección.¹⁰ No digo esto porque me considere ya colocado en tan bella idea, ni en tan elevado ápice de perfección. Pero si no lo he conseguido, a lo menos lo anhele y lo pretendo, continuando y llevando adelante esta mi pretensión. En fuerza de eso, olvido enteramente lo que he caminado hasta aquí, y pensando únicamente en lo que me resta por caminar, pongo la vista en el término de mi carrera, sin contentarme con correr solamente con los pies; corro también con las manos, y alargo cuanto puedo toda la persona. Como ni en los ojos ni en el corazón tengo muy grabada otra cosa que aquella por la cual corro, y como soy todo fuego y todo impaciencia por conseguirla, yo mismo me extendiendo cuanto puedo, todo y enteramente, para acercarme a ella.

2. Mas decidnos, santo Apóstol, y ¿qué cosa es la que os mueve a tan extraños esfuerzos? ¡Ah!, responde, que me reconozco deudor a aquel gran Dios que en el camino de Damasco, cuando yo huía de él, él se alargó en cierto modo y se extendió sobre mí, me sostuvo por los cabellos, me arrojó en tierra, y a pesar mío, suyo me quiso y suyo me hizo. Habiéndome hecho él prisionero suyo, quiero yo hacerle prisionero mío, y retenerle; él usó conmigo de violencia y yo, a su imitación, quiero usar con él de toda la que puedo,

¹⁰ Cf Flp 3, 10-11.

quiero pagarle con la misma moneda con que me pagó, echarle la mano y restituirle fuerza por fuerza. Y por decirlo de una vez, no estaré contento de mí hasta que de algún modo sea presa mía el que totalmente me hizo presa suya.

3. Ruego al más indócil, al más rebelde, al más empedernido corazón del mundo, que quiera pararse un poco en este paso, y considerar quietamente, que no es nuevo en el Señor correr tras el que va huyendo de él, echársele encima, detenerle y obligarle a que le vuelva a dar cara. Considere también, y esto le moverá a mayor ternura, que tampoco es nuevo en nuestro gran Dios formar, y con mucha frecuencia, de esta misma gente que, por decirlo así, va escapando de él a cuatro pies, aquellos santazos de primer orden, los cuales, cuando Dios los llega a atrapar en su desbocada carrera, sienten correr por sus venas un cierto espíritu de emulación, que los espolea con un incansable ardor a desquitarse con el mismo Dios, y a usar con él de amorosas represalias. ¿Cuántas veces aquellos soldados que el Señor reclutó a despecho suyo, en llegando la ocasión, dejan atrás a los más fuertes y más valientes del ejército? ¿Cuántas veces estos forzados, en nada son inferiores a los más valerosos voluntarios que militan en los ejércitos del santo amor?

4. Hecha esta consideración, ánimo, y di confiadamente: confieso, Señor, que me ha tocado el corazón más indigno que puede caber en humano pecho. Mirad si es bien indigno, pues a la primera palabra que le hablo de vos, me vuelve las espaldas, tuerce el hocico y recalcitra. Acaso lo hará porque, conociendo la enorme gravedad de sus culpas, le aterra demasiado el miedo de vuestra divina justicia, o quizá recalcitrará, porque hallándose todavía bien con sus maldades, no acierta a dejar de amarlas y no sabe co-

menzar a amaros a vos. ¡Desventurado de él, que tan mal conoce vuestra infinita misericordia y mucho menos vuestra infinita amabilidad! Con todo esto, no le doy por del todo perdido. Pues qué, Señor, ¿no tenéis en vuestras manos ciertos estímulos, contra los cuales es vano recalcitrar?¹¹ ¿No está en vuestro poder hacerle experimentar que no tiene él tanto aliento para huir, como vos lo tenéis para alcanzarle y detenerle? Y ¿no será gran caridad atrapar y atar a este insensato, así como es caridad amarrar un furioso a la cadena? Si os resolvéis a hacerlo, yo que le tengo bien conocido, me atrevo a prometeros que quedaréis contentos de vuestra resolución. Aquel corazón de Saulo, en quien después de haber mostrado toda vuestra paciencia, resolvisteis ostentar toda vuestra misericordia,¹² ¿qué contento no os dio, cuando después de vuestro bello golpe, le visteis transformado, de un hombre todo fuego para ultrajaros, en otro hombre todo fuego para amaros y servirlos? ¿Cuando del mismo odio precedente, sacó nuevos motivos para amaros, esforzándose más en dar después mayor gloria a vuestro santo nombre, que antes se había empeñado en ultrajarle con su persecución?

¡Señor mío!, suplícoos que mis pasados errores no retiren de mí vuestra bondad. Haced, pues, que se convierta, quiera o no quiera, y veréis cómo a la peor y más perversa, sucede la mejor y la más fina voluntad del mundo.

5. Encomiéndate al Señor con semejantes efectos, y no dudes que ese corazón rebelde que huía de él con tanta perfidia, sin querer dar oídos a palabra alguna en orden a restituirse a sus brazos y a su amistad, no

¹¹ Cf Hch 26, 14.

¹² Cf 1 Tm 1, 16.

dudes que presto o tarde le verás volver sobre sí y retornar paso a paso, o quizá, tal es y tanta la divina bondad, retornar volando hacia su Dios, y por ventura volando más de lo que volaba cuando huía del sumo Bien. Tal fue, entre otras, la vuelta de la Magdalena, la cual desde los primeros momentos de su conversión a Dios, mereció aquel grande elogio: amó mucho, porque en pocas horas hizo ella más viaje que otros en muchos años; porque llegó antes que tantos y tantos como andaban por el bello camino de la caridad; y porque a tantos y tantos los dejó atrás, desde sus primeros pasos.

CAPÍTULO TERCERO

I

Por qué es necesaria la confianza

1. La segunda condición es, que se pida con toda confianza aquello que se pide. En orden a lo cual se debe notar, de paso, la astucia del demonio, el cual mudando de ataque, según las diversas disposiciones que observa en nosotros, si no puede conseguir que se ame la enfermedad, procura, a lo menos, que se desespere de su curación; porque para él lo mismo le importa que el enfermo no tenga gana, como que no tenga confianza de sanar; que tenga un corazón tan depravado que resista a la salud, o que le tenga abatido, que poco o nada la espera; en una palabra, que falte a la primera, o peque contra la segunda de las condiciones que se requieren para que la oración se haga como se debe. De donde se infiere, que si se considera muy distante de la salvación el que, por dar demasiados oídos a las voces de su pasión, no desea que sea bien despachada su oración, no está más vecino a ella el que por dejarse llevar de sus mal fundados temores, está incierto y dudoso de si será o no benigneamente atendida.

2. Es, pues, la segunda condición, orar con una segura confianza. ¿Y quién podrá dudar que no sea muy conforme a la divina voluntad que yo venza aquella pasión que tanto me domina, que consiga aquella virtud de que tengo tanta necesidad? Y así de lo demás. Pues ahora, dice el Apóstol: estando ciertos de que pedís una cosa muy conforme a la divina voluntad, pedid con toda confianza de que será bien recibida vuestra petición y, por consiguiente, de que será felizmente despachada.

3. Es doctrina de los teólogos en materia de oración, que de los dos principales efectos de ella, que son el merecer y el impetrar, así como el primero depende de la caridad y de la gracia del operante, así el segundo depende de su fe y de su confianza. Esto lo confirma el Angélico Doctor cuando dice: que el merecer se funda, principalmente, en la caridad, y el impetrar en la fe. Porque la fe se aviva y se fortifica considerando aquello que Dios puede por su omnipotencia, y aquello que quiere por su infinita misericordia. Consiguientemente, si es propio de la caridad hacer el alma más grata a los ojos de Dios, es también propio de la confianza hacer a Dios más propicio a las oraciones del alma. La caridad la hace más bella para ser objeto de su amor, pero la confianza la hace más poderosa para inclinar su beneficencia. Y esto es tan cierto, que en virtud de la confianza, aquella alma que menos agrada a Dios, antes bien, que positivamente le desagrada, tal vez es mejor oída, y consigue más que aquella que más le agrada, que le ama más y que es más amada de él.

4. Según esto, ¿cuánta necesidad tienen de esta confianza los que se encomiendan a Dios por las necesidades espirituales de su alma? Y adviértase aquí su amorosa providencia, la cual, queriendo facilitar a un alma pecadora el modo y la forma de salir de sus

culpas, en los pactos y condiciones que establece para que consiga esta inestimable gracia, quiere que cuente entre las primeras y más principales, la confianza de obtenerla. Gran felicidad la de tratar con un Dios que está pronto a restituir en su gracia y amistad a sus mayores enemigos, imponiéndoles esta ley: la tendréis si la esperáis; y con un remedio tan dulce como la esperanza, con un afecto tan tierno y tan gustoso a nuestro corazón, con un afecto que tanto le alegra, le dilata y le conforta, aplica la primera cura y el primer medicamento a nuestras llagas.

5. Muchas veces os he dado infinitas gracias, y para hacerlo con mayor solemnidad, de nuevo os las repito en este escrito; porque siendo tan indigno como soy, queréis que seguramente me prometa de vuestra bondad un generoso perdón de mi vida pasada y poderosos auxilios para emprender otra mejor, más pura y más perfecta. Os las doy también, y esto es más admirable, porque queréis que me sirva de mérito esto mismo que me prometo de vos, y que una cosa que me es de tanto placer, no sólo me disponga a recibir vuestras gracias, sino que ella misma, en vuestros ojos, pase por una virtud que lleva consigo la seguridad del premio. “Habéis sido salvos por la esperanza”,¹³ exclama aquí el Apóstol, para nuestro consuelo. Por la misma esperanza nos salvamos. Y aún no basta esto, prosigue el mismo: aquella propia esperanza que te salva será premiada y grandemente premiada en el paraíso. “Tiene una gran recompensa”,¹⁴ te abre el cielo, y te hace grande en el cielo; te introduce en él, y en él te ensalza.

¹³ Cf Rm 8, 24.

¹⁴ Cf Hb 10, 35.

II

*Primer motivo de nuestra esperanza y sus razones.
Propónense la primera y la segunda*

1. El primer motivo que debe excitar nuestra confianza es nuestra misma miseria. Y por miseria entiendo los pecados que hemos cometido, con toda su fealdad; los malos hábitos que hemos contraído, con toda su tiranía; las pasiones a que estamos sujetos, con toda su violencia; y, finalmente, todo aquel peso de vicios inveterados, de malas inclinaciones, de ingratitudes, de infidelidades, bajo las cuales tanto tiempo ha estamos gimiendo. Gran cosa sin duda, que para un pecador tan agravado, su mismo peso debe ser el que le alivie, anime y le dé aliento. Su mismo estado miserable que le obliga a confundirse, le conforta para esperar; primero, le humilla, y después, santamente le engríe; primero, le cubre el rostro de ruborosa vergüenza, y después, le llena el corazón de animosa confianza. Esto es lo que dice san Agustín del publicano cuando oraba en el templo, que su misma depresión era su mayor aliento; porque es cosa cierta, que a quien sabe hacer su negocio, el peso de la conciencia, por lo mismo que es más grave, levanta más arriba la esperanza.

2. Ni es una sola la razón porque el pecador convierte en confianza el mismo objeto de su temor. Conviértete lo primero, porque sabe que la misión del Hijo de Dios fue principalmente en gracia de los pecadores; sabe que el tenor del mandato que recibió de su Eterno Padre fue con especialidad en favor de aquellas ovejuelas que se habían perdido; sabe que la persona o el oficio que tomó, fue de médico que busca enfermos para sanarlos. En vista de esto, el que más pecó, el que

más se extravió, y el que está más enfermo, es el que debe animarse más y esperar más, si verdaderamente desea y pide de corazón salir de su pecado, volverse al buen camino y librarse de su enfermedad.

3. Enfermedad, debe decir al Señor, y enfermedad bien grande es la mía. Pero si el empleo en que os empenó vuestro Padre, fue de médico de todos los enfermos, yo, que estoy más enfermo que todos, tengo sobre todos un cierto derecho de preferencia. En el pórtico de la Iglesia hay almas tan santas, o verdaderamente tan ligeramente enfermas, que si buscan algún ángel para que revuelva la probática piscina, le buscan poco más que para conservar la salud, y así, el lavarse en ella, apenas es por otra cosa que para estar más limpias. En estos pórticos se han visto los Luises Gonzagas, las Teresas de Jesús, las Marías Magdalenas de Pazzis, y se ven hoy día otras semejantes.

Es cierto que hay en dichos pórticos demasiados enfermos verdaderos, y demasiadamente enfermos; ¿a quién se deberá el primer cuidado y las primeras visitas, sino al más oprimido y más agravado? El que está en mayor peligro, ese es el más acreedor a vuestra asistencia. En mi necesidad se fundan mis razones; mi propia miseria me hace privilegiado. Y si en el orden natural, el privilegio fundado en la miseria es el más sagrado de todos, ¿qué será en el orden de la gracia, en el cual esto se mueve señaladamente acerca de la miseria, es decir, el remedio acerca de la enfermedad?

4. La segunda razón debe fundarse en su misma bondad. Y realmente, aun cuando él no se inclinara a socorrernos por el oficio que su Padre le encargó, y por la persona que representó en el mundo, ¿quién puede dudar que no dejaría de hacerlo por su misma piedad y por su propia compasión? Si es ministerio propio suyo el acudir a los miserables, ¿no será pro-

piedad de su misma esencia, la misericordia con ellos? Y ¿no será mucho más inclinado por naturaleza a lo que le está encargado por comisión?

5. Pues pregunto yo ahora: si cuanto mayor es la miseria más se mueven los hombres a socorrerla, ¿no será esto mucho más seguro en Dios? Cada día estamos viendo que mueve más a piedad un pobre llagado de pies a cabeza, que otro pobre común y ordinario. El mismo pobre llagado, que sabe bien cuánto le valen sus llagas, hace, por decirlo así, como ostentación y triunfo de ellas. No se contenta con desligarse las vendas y exponerlas a los ojos de todos, sino que procura presentarlas en la manera más dolorosa y más asquerosa que puede, haciendo así una especie de comercio y de negocio con su misma podredumbre. Y, ¿qué sucede? Sucede que entre todos cuantos piden limosna, él la pide con una confianza mayor que la de todos los demás, porque sabe, que tratándose de miseria, hace por su desgracia grandes ventajas a todos, en la capital.

6. Ahora bien, si la miseria anima el corazón de un hombre a esperar mucho de otro hombre, ¿cuánto más debe alentar el corazón de los hombres a esperar-lo todo de un Dios, tanto más misericordioso que los hombres, cuanto distan los hombres de Dios? “No, Dios mío, no; nunca tendrá lugar en mi pecho el desaliento ni la desconfianza, aun cuando me vea tan llagado en el alma, como el santo Job en el cuerpo. Gran fuerza tiene con vos una voz que suplica, que clama, que os conjura; pero ¿cuánta mayor fuerza se la añade, si le acompaña la recomendación, la instancia y la elocuencia de las llagas? Éstas son una oración muda, mucho más elocuente que la primera; pero a fin de moveros más, os las descubro y las pongo delante de vuestros ojos. ¡Ah, Señor!, que por mucho que yo pue-

da decir orando, mucho más dicen ellas, y oran mucho mejor. Incline, pues, mi Dios y mi Señor, a mi oración sus oídos, y sus ojos a mi miseria; de esta manera, aunque ya esté muy dispuesto a despacharme benigne-mente por aquello que “de mí oye”, lo estará mucho más por aquello que “ve en mí”.¹⁵

III

Tercera razón

1. La tercera razón se deduce de la gloria del mismo Dios, la cual crece y campa más, cuanto más indigno es el que experimenta los efectos de su bondad. Así, pues, nótese en primer lugar el modo con que habla el profeta Isaías en el capítulo trigésimo, donde después de haber dado en cara a los judíos con sus gravísimas culpas, añade: y no por eso el Señor que con tanta facilidad podía resolverse a castigaros, se ha determinado a hacerlo; antes bien, suspendiendo todavía su brazo vengador, os sufre con paciencia y os espera, mas ¿para qué? “Por eso espera tener misericordia de vosotros.”¹⁶ Pero, ¿qué motivo alega para tanta paciencia y para tanto sufrimiento? No otro, sino la gloria que le resulta de perdonarnos: “Se ensalza siendo compasivo de vosotros”. El mismo esperaros para perdonaros hace al Altísimo más alto; crece en cierto modo más de lo que era, y por explicarme así, se ensalza sobre sí mismo. Así explica este lugar el máximo de los Doctores, san Jerónimo.

¹⁵ Cf 2 Co 12, 6.

¹⁶ Cf Is 30, 18.

2. Nótese en segundo lugar cómo habla la Iglesia, cuyo concepto de la gloria de su Esposo es tan justo, que no puede estar sujeto a error: vos, Señor, ostentáis vuestra omnipotencia haciendo justicia; pero la ostentáis singularmente ejercitando misericordia. El que ve los efectos de la primera, dice que es grande vuestro poder; ¿pero cuánto mayor dice que es, el que ve los efectos de la segunda? Gran cosa es sin duda poder castigar a los pecadores, pero ¿cuánto mayor es el poder convertirlos? Y como si entre pecadores hay su más y su menos, este menos y este más son otros tantos grados, por los cuales crece más o menos vuestra gloria. De donde se infiere que, campea más la virtud de vuestro brazo en aquellos en quienes es mayor y más malvada la perversidad de sus costumbres.

3. Paréceme, Señor, que os oigo decir a cada uno de estos desdichados: yo te veo hundido en un abismo de miserias. Quiero hacerte conocer cuanto soy capaz de ejecutar, cuando extendiendo mi brazo en favor de un miserable. Quiero que si aquella gran mujer que escogí por Madre, pudo decir en un sentido, tú puedes decir en otro: “Hizo alarde del poder de su brazo”. Tú no menos que ella, podrás decir con verdad: “Mi alma glorifica al Señor”;¹⁷ oh alma mía, purificada ya de tus abominaciones, magnifica y engrandece a tu Señor. Si en otros hice admirar los altos juicios de mi justicia, quiero que se admiren en ti los no menos profundos juicios de mi misericordia; si por aquéllos se pasmó el cielo y la tierra, no se pasmaron menos por éstos. Altos, excelsos, impenetrables son los caminos de un Dios que castiga; pero no son menos impenetrables, menos excelsos, ni menos altos, los de un Dios que, a

¹⁷ Cf Lc 1, 46.

hombres como tú, los atrae a sí y los hace suyos. Y éstos son justamente aquellos juicios que yo llamo grandes por excelencia; porque saco de ellos particular gloria y singular grandeza. No por cierto; nunca me manifiesto más grande que ahora, cuando te puedo decir: yo te llamé, yo te quise...¹⁸

4. Y para hacerte ver más claramente la gloria que le resulta, quiero presentarte la bellísima imagen que de ella nos retrató san Agustín, en un sermón que pronunció en el día consagrado a la Pasión del Redentor.¹⁹ ¿Se vio jamás en el mundo, dice el santo, algún general de un ejército, que después de tomada una gran plaza, para hacer en ella su triunfal entrada, no sólo permita que se haga lugar en la comitiva a un asesino, sino que absolutamente quiera tenerle por compañero y hacerle el honor de llevarle a su lado? Pues esto es puntualmente lo que ejecuta Jesucristo después de haber abierto con su cruz las puertas, y batido las murallas de la santa ciudad. ¡Admirable y extraño espectáculo! Pues qué, ¿con la compañía de un ladrón no teme oscurecer su victoria y envilecer el paraíso? No, que antes bien le ensalza y le añade más honor; porque de honor y de gloria ninguno entiende tanto como él. La gloria y el honor de aquel Dios que conquistó el paraíso, es hacer digno de él hasta a un famoso ladrón; es poder tomar por la mano a los asesinos, a las mujeres perdidas, a los publicanos, y hacerlos entrar en su reino; y no ya de los últimos, sino muchas veces de los primeros. Entonces sí que resplandece más que nunca su nombre y su mayor gloria. No de otra manera que se hace mayor la gloria, la fama y el nombre de aquel médico que con la pericia de su arte sabe curar,

¹⁸ Cf Is 54, 7.

¹⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 130*.

no sólo las enfermedades ligeras y comunes, sino las más graves, las más rebeldes, y las que generalmente se reputan desesperadas, y pasan por incurables.

5. Del mismo modo, el iluminado padre Colombier, confortando a una religiosa que se atemorizaba más de lo justo a vista de sus culpas: hermana mía, le dice, hacéis muy mal en tener tanto temor, porque debierais haber conocido, que nunca fue tan glorificado Dios y su infinita bondad, por la confianza de un justo, como por la de un pecador. Pues qué, ¿os parece que es gran prueba de su poder el salvar almas puras e inmaculadas, y que no será prueba mucho mayor el salvar almas indignas y pecadoras? Para un Dios como él, ¿será por ventura gran cosa el salvar a las primeras? Gran empresa, por cierto. Grande hazaña. Pero salvar unas almas como las nuestras, esto sí que prueba lo mucho que puede, ésta sí que es empresa digna de su poder.

6. Y en efecto, si cuando Jesucristo estaba en este mundo, le daban tanta gloria los enfermos que había sanado, y los muertos que había resucitado; si el más brillante cortejo que le podía seguir era el de mudos que habían cobrado el habla, endemoniados que se veían libres de los malignos espíritus, paralíticos restituidos a todo el vigor de sus miembros; si él mismo hablando del ciego “de nacimiento”, protestó que la enfermedad de aquel miserable era “para gloria de Dios”;²⁰ si en suma, nunca fue más exaltado su nombre, nunca resonaron más aclamaciones suyas, como en estas ocasiones: “Todo lo hizo bien; abrió el oído a los sordos e hizo hablar a los mudos”;²¹ “todo el pueblo, cuando lo vio, dio gloria a Dios”;²² ¿por qué no podremos y debere-

²⁰ Cf Jn 11, 4.

²¹ Cf Mc 7, 37.

²² Cf Lc 18, 43.

mos decir, que igual gloria, semejante aplauso y las mismas aclamaciones resonarán en el cielo por aquellos pecadores que se dignó sanar, librándolos del pecado, que es el mayor mal de todos los males?

7. Una Magdalena, sirva este ejemplo por todos, que en el eterno triunfo que se celebra en el cielo, va tras la carroza del Hijo de Dios, y sin saber cómo, la que antes era contraria, la que antes era enemiga, y no como quiera enemiga, sino irreconciliable enemiga, ahora se deja ver ceñida de voluntarias, pero dulcísimas cadenas; una pecadora que después de haber amado perdidamente al mundo y a sí misma, compite ahora en el amor con los serafines; una pecadora que viene inmediatamente tras el carro triunfal, ¿no lleva también tras de sí los ojos de todos los bienaventurados?; ¿no los obliga a prorrumpir en gritos de admiración y de aplauso a vista de aquella maravilla: viva el rey de la gloria? Supongamos que faltase en aquel triunfo la Magdalena: ¡cuánta pompa, cuánta magnificencia le faltaría!

Yo por mí, no deteniéndome a mirar sino poco menos que de paso y con ojos indiferentes a las Teresas, a las Catalinas y a otras semejantes, en la Magdalena me paro, en ella fijo los ojos, sin acertar a desprenderlos de ella, y sin acabar de aplaudir y celebrar su gran ventura. Bien conozco que este mi aplauso es un aplauso interesado. Pero no es, Señor, precisamente por el consuelo que me resulta de ver elevada a tan sublime puesto aquella dichosa pecadora, sino porque al mismo tiempo que conozco la mucha cuenta que esto me tiene, descubro también con grande júbilo de mi corazón, el alto grado de la gloria y del honor que de ello se os sigue a vos.

8. Y por dar nueva luz a todo lo que he dicho hasta aquí, ¿no es verdad, así parece que lo insinúa el real

salmista, que el paraíso es una ciudad, la cual se puede y debe llamar trabajo y fábrica de misericordia?²³ Es fábrica de misericordia, porque los predestinados, o, si los queremos llamar con la frase del Apóstol, aquellas piedras vivas de que está fabricada,²⁴ todas son piedras de misericordia: unas, como los inocentes, de misericordia, que los conservó en la bella forma de la gracia recibida en el Bautismo; otras, como los penitentes, de misericordia, que los restituyó a la forma que habían perdido por la culpa. Pero entre todas las piedras que construyen la gran fábrica de la celestial Jerusalén, ¿quién no se parará a mirar y admirar particularmente aquellas que tuvieron necesidad de ser nuevamente pulidas y labradas? ¿Aquellas que hicieron más resistencia a recibir la forma o la debida configuración? ¿Aquellas que costaron más tiempo y mayor trabajo? ¿Aquellas, atrevome a decirlo, que tantas veces despuntaron el escoplo que las estaba labrando; aquel escoplo despuntado tantas veces por su dureza, y otras tantas vuelto a afilar por la divina bondad? ¿Hemos de creer que los ojos de los observadores se pararían más en admirar aquellas piedras que fueron cera bajo la mano de la misericordia? Pues, ¿no sabemos todos que las más difíciles, y las más rebeldes al mazo y al escoplo, ésas son las que más acreditan el magisterio del grande Artífice? ¿No sabemos también que las más duras para recibir el lustre, ésas son las que al cabo le reciben más vivo y más encendido?

9. Finalmente, acordaos de aquellas palabras del Redentor, cuando resuelto a hacer su solemne entrada en Jerusalén, despachó a dos discípulos suyos al casti-

²³ Cf Sal 88, 3.

²⁴ Cf 1 P 2, 5.

llo que estaba en el camino, y advirtiéndoles que a pocos pasos encontrarían un jumentillo, les ordenó que le desatasen y le condujesen, previniéndoles que si alguno les preguntaba qué pretendían hacer con aquella pobre bestia, le respondiesen con toda resolución: hacemos lo que el Señor nos mandó, diciendo, que tiene necesidad de ella. Sobre lo cual, dice san Ambrosio, debe notarse la gran bondad del Señor, el cual, al revés del mundo, que ata y aprisiona a los que le siguen, revuelve su primer pensamiento a desatar los pecadores figurados en aquel jumento, siendo todo su cuidado ponerlos en libertad. Pero si es lícito añadir alguna cosa al pensamiento del santo Doctor, diría yo que pensando en la libertad de los pecadores, piensa también al mismo tiempo en su propia gloria y honor. Porque habiendo determinado hacer en la santa ciudad una pomposísima y magnificentísima entrada, para darse el más bello aire de triunfo que se puede imaginar, tenía gran necesidad de semejantes jumentos desatados, para dejarse ver a caballo sobre ellos; y poniéndolos debajo de sí, domesticados y disciplinados, volverlos y revolverlos a su placer, seguro de que no podía ostentar triunfo más glorioso, ni hacer entrada más suntuosa: "Es necesario para el Señor". Es así. Para triunfar, para ostentar majestad, para recibir de todo el mundo aclamaciones y vivas, para que todos le siembren el camino de flores y de palmas, para que le formen alfombras de sus mismos vestidos, acostúmbrese él mismo a oprimir la espalda, y a gobernar a estos brutos. Son viles, son feos, son horribles, son todo lo que quisieres. Cuanto más horribles y más feos, más propios son para su triunfo, más necesarios son para su pompa.

Por miserable que seas, no debe abatirte tu vileza, antes bien, debe animarte; porque has de saber que

Dios tiene gran necesidad de ti y de otros tan perversos como tú, para ostentar su misericordia en todo su mayor lustre. En ninguna cosa tiene mayor gusto que en hacer brillar este su bello atributo; pero esto no lo pueden hacer tan bien sin tu perversidad, o sin la de otros que te igualen o que te excedan en ella. Esas culpas que, cometidas, te llenaron a ti de tanta ignominia, ¿de cuánto honor no le llenarán a él cuando te sean perdonadas? Entonces harán elevar su gloria a la mayor altura, y se podrá decir con verdad, que para que ascendiese tanto su gloria, no era menester menos que tu profunda miseria; que sobre este cimiento se elevó aquélla; y que era necesaria tanta profundidad de miseria para tanta elevación de gloria. Y ¿quién sabe si quizá no será ésta una de las razones que tuvo la Iglesia para llamar necesario al pecado de Adán?

IV

Cuarta razón

1. La última razón puede ser, que si es gran gloria del Señor que el más indigno pruebe los efectos de su bondad, no lo es menos, por decirlo así, de su interés y de su provecho. Pero, ¿qué interés ni qué provecho puede sacar Dios de los hombres, ni el Creador de sus criaturas? La infinita potestad, o sea la infinita soberanía de Dios sobre todos nosotros, le constituye en un derecho inenajenable, como fundado en su misma esencia, de poder obligar a los hombres a que irremisiblemente le paguen un cierto tributo y vasallaje. Pero, ¿qué tributo nos puede imponer aquel Señor que, siendo

dueño de todo absolutamente, de nada tiene necesidad?²⁵ Con todo eso, queriendo ejercer sobre nosotros su alta soberanía, exige, y es de su real divina voluntad exigir de nosotros nuestro amor. Pero, ¿cómo lo exige? Lo exige por un decreto verdaderamente de soberano: le intima con una voz llena de majestad; le publica por medio de una ley y pragmática sanción que hace notoria al mundo entre truenos, relámpagos y rayos: “Amarás al Señor tu Dios”.²⁶ Éste es el tributo que estamos obligados a pagarle; éste el vasallaje que debemos rendirle; ésta la carga que nos impone, de la cual ningún hombre está exento, ni debiera ser posible que ninguno se eximiese. Bella imposición, por cierto, y muy digna de aquel Dios que, por sus infinitas perfecciones, es infinitamente amable, y por los infinitos beneficios que nos dispensa, infinitamente digno de ser amado.

2. Ahora, pues, yo considero que no pocos de aquellos que por sus mayores culpas contrajeron con Dios mayores deudas, de la misma gravedad de sus pecados se valen para pagar con más larga y generosa mano aquella deuda de amor. Oigan los más grandes pecadores, de la boca del mismo Hijo de Dios, lo que pretende.

3. Eran, decía él al fariseo que condenaba en su corazón a la Magdalena, dos deudores, contra los cuales cierto usurero tenía un crédito de quinientos dineros contra el uno y de cincuenta contra el otro. A entrambos se los perdonó generosamente, bien que no abandonó del todo su propio interés, porque en correspondencia del crédito que les perdonaba, a uno y a otro les impuso que le amasen. Y vuelto al fariseo le

²⁵ Cf Hch 17, 25.

²⁶ Cf Dt 6, 5.

preguntó: ¿cuál de estos dos te parece que le amaría más? Juzgo, respondió el fariseo, que aquel a quien más perdonó. Le replicó el Salvador: has juzgado muy bien.²⁷

4. No diré yo que siempre sea Dios amado a proporción de las deudas que perdona. Todos ven y todos juzgan que cuanto mayor es el caudal que se remite, mayor es la obligación del amor que se contrae; pero son muy raros aquellos que obran según lo que juzgan. Con todo eso, Señor, gracias a vuestra infinita bondad, que dando el perdón, da al mismo tiempo el agradecimiento. No faltaron, no faltan, ni faltarán jamás deudores del primer rango, que habiendo conseguido de vos una plena y generosísima extinción de sus deudas, os desembolsen los derechos de amor que todos os deben, en mucha mayor abundancia que otros deudores a quienes perdonasteis menos; deudores que os paguen con la caridad más fina que entra en vuestras cajas; deudores que de injustos defraudadores de vuestro fisco, pasen a ser los más pródigos y más profusos tributarios.

5. “Digo, Señor, que si vos me concedéis lo que os pido, me disponéis a dispensarme otras mayores; ¿por qué no podrá también elevarse mi corazón a la dulce esperanza de ser contado algún día en el número de aquellas dichosas almas que con la paga de su amor hacen más ostentoso vuestro divino erario? ¿Quién sabe si aquellas mismas culpas que apagaron en mi corazón el fuego de la caridad, una vez que vos le habéis vuelto a encender, no sirvan de yesca y de cebo que acreciente su llama y avive más su mismo ardor? ¿Quién sabe si aquel celestial incendio que jamás se

²⁷ Cf Lc 7, 43.

amortigua en los corazones inocentes, no sea tan vivo como el que apagado antes, pero excitado por vuestra infinita misericordia, vos mismo habéis resucitado en el mío? Pondré en ejecución todo mi agradecimiento, pero no sabré decir si como fuelle que dé mayor vigor a aquella llama, o como nueva llama añadida y acrecentada a la primera. En suma, no puedo menos de esperar que ha de corresponder mi gratitud en amaros, a vuestra inmensa bondad en perdonarme, y que cuanto cabe en mí, os he de volver tanto por tanto.

6. En la famosa apología que hizo Tertuliano en favor de los míseros cristianos que, calumniados, eran el objeto del odio universal, y a fuego y sangre se intentaba exterminarlos, entre otras bellísimas pruebas que alega en defensa de su inocencia, produce la suma exactitud y escrupulosa fidelidad con que pagaban los tributos que les imponían los emperadores idólatras. Era tanta su exactitud, que los mismos recaudadores quedaban maravillados, convirtiendo en elogios los improperios, y en gracias las violencias que suelen ser tan comunes en las exacciones. Cuántas veces los duros y fieros ministros de la hacienda imperial exclamaban sin poderse contener: ¡ojalá fueran cristianos todos los vasallos de nuestros emperadores!

7. No sé si con demasiada osadía, pero sé muy bien que con gran consuelo mío, no pocas veces me he aplicado a mí este caso. No puedo negar que en la corte del cielo son muy mal vistos los pecadores, ni mucho menos que no les sobren méritos para serlo. Pero qué: cuando se ven después las Magdalenas convertidas, los Saulos, los Agustinos y otros de esta clase, llevar a la tesorería del cielo el tributo de su amor; cuando se les ve cargados hasta donde alcanzan sus fuerzas, de una moneda tan bella, añadir inmensas riquezas e inmensos tesoros al divino erario; cuando se les

ve desembolsar caridad perfectísima, oro del más subido quilate, y todo en tanta abundancia que tal vez se enriquece más por sus manos el erario celestial, que por las de muchos justos que, o nunca pecaron, o no pecaron tanto; casi llego a dudar, si a la vista de un espectáculo como éste, no se exclame en el paraíso, ¡oh, gente benemérita de los derechos de nuestro Dios! ¿Por qué no serán semejantes a ella todos los que pagan este tributo? Es cierto que no nos pudo gustar lo que antes fueron, pero, cuánto gusto nos da lo que ahora contribuyen. Se les cargó más que a los otros, porque fueron peores que los otros; pero ahora que pagan tan generosamente, no se piensa lo que hicieron, y sólo se considera lo que hacen; porque al cerrar la cuenta, el mejor librado es el mejor pagador. Dios mío, bien cierto estoy de que no puede dejar de agradaros que yo aspire a entrar en la clase de estos dichosos pagadores. Grande es la obligación; pero quizá no es menor el deseo que tengo de entrar en ella. Ayudadme vos, Señor, para que lo efectúe.

V

Segundo motivo de nuestra esperanza

1. Insinuaré, más brevemente, los otros tres motivos que me restan. El segundo es la inmensa liberalidad de Dios. Si se diese un príncipe en el mundo, el cual fuese tan rico de bienes como lo es el sol de luces, y a imitación de éste, tan inclinado a dispensarlos, que lo mismo sería dejar de ser liberal, que dejar de ser lo que era; y, finalmente, que a la manera del mismo sol, por más bienes que comunicase, nunca padecería la menor disminución, antes bien, con tantos se quedaría

él cuantos fuesen los que distribuía a otros, ¿sería posible ocurrencia alguna en que pudiésemos dejar de tener en él suma confianza? Pues tal es Dios, y aún mucho más respecto de nosotros.

2. Para hacernos esta verdad más sensible, concibamos cuanto sea dado a nuestra limitada imaginación, las inmensas riquezas que se encierran en el inmenso seno de Dios, las cuales, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, no son menos que un abismo sin fondo y un mar sin límites. No basta: este mar que es Dios, fuera de aquel ímpetu natural, o como si dijéramos, de aquel flujo benéfico que está empujando un bien, y un sumo bien dilatarse; flujo que no conoce reflujos; inundación, o sea, marea que no sabe retroceder; beneficencia, que nunca supo lo que era arrepentimiento; este mar, además de aquel flujo natural, experimenta dentro de sí otro impulso gallardísimo, originado de un cierto fuego subterráneo que le hace hervir y rebosar. Este fuego es aquel inexplicable amor que tiene Dios a sus criaturas, en virtud del cual está siempre en una perpetua y amorosa agitación, para derramarse sobre la árida y fría playa de nuestras almas. Finalmente, este es un mar, estupenda propiedad que, cuando todo él se arroja sobre nosotros, no por eso sale un punto fuera de sí, que descarga en nosotros toda su plena marea, y él se queda con la misma plenitud, sin perder una sola gota; que nos da, ¿pero qué deja de darnos?, y retiene dentro de sí todo lo que a nosotros liberalmente nos concede.

3. Después de esta consideración, cobro aliento y exclamo lleno de una animosa confianza: “¿Será posible, Señor, que un mar, por una parte tan caudaloso y por otra tan precipitado, ha de ser para mí lo mismo que sería si apenas llevase agua, y aun esa poca no tuviese corriente? ¿Será posible que he de morir de sed

y de sequedad, hallándome bajo la misma vertiente donde descargan sus tesoros? Pues qué, ¿aquellas altas, y de su naturaleza precipitadas montañas de agua, con un milagro que apenas puede entenderse, han de quedar violentamente suspendidas en el aire, sin descender jamás, y sin jamás obedecer al peso que las inclina? ¿Será posible que por no desprenderse sobre mí, se han de estrechar entre sí mismas, se han de hellar, y se han de endurecer? ¡Ah!, que esto no es posible, y casi estaba por jurar que no alcanza a tanto vuestra omnipotencia, o que si la omnipotencia llega a tanto, no sabe llegar a tanto vuestra liberalidad.

Ni se quiera decir que yo mismo opongo a este benéfico mar un dique demasiadamente grande con mis gravísimas culpas. Sé muy bien que es grande, y sé que le mueve a indignación. Pero que, en medio de su indignación, ¿no tendrá voluntad y fuerzas para romper aquel dique? Y ¿no sucede muchas veces que toda su ira viene a parar en este como juguete de su infinita misericordia? ¿Qué dique puede merecer el nombre de grande, en comparación de aquel caudaloso y precipitado río? Sería gran vergüenza que a tan copiosa y tan arrebatada inundación hubiese resistencia que la obligase a retroceder. Los mayores impedimentos que yo le puedo oponer, no serán más estorbo para ella que lo son para la avenida del mar las arenas de la playa; si a éstas las respeta el mar y se detiene, es, Señor, precisamente porque lee en ellas vuestra ley y vuestro precepto,²⁸ por lo demás, tanto se ríe de aquel impedimento, cuanto venera vuestra voluntad. El único dique capaz de detener vuestras inundaciones es la falta de confianza; ésta sola puede hacerlas retroceder mucho

²⁸ Cf Sal 103, 9.

más que todas las culpas del mundo. Pero este poderoso dique, por vuestra infinita bondad, nunca le veréis en mí; antes bien, por la viva esperanza que voy nutriendo y fomentando, hallaréis formado un nuevo declive y abierta una espaciosa madre a vuestra munificencia.

Y acabemos de una vez con ello: en mi extrema necesidad, todo me lo prometo de quien es tan rico; todo lo espero de quien es tan liberal; todo me lo aseguro de quien tiene tan vehemente inclinación a ser profuso en sus dones; de quien nada pierde de todo cuanto da; antes bien, atrévome a decirlo, en lo mismo que da, gana mucho. Vos, con dar, no ganáis menos que un alma; y ¿cómo podré yo decir, por humildad, que ésta es poca ganancia para vos, cuando sé cuánto la estimáis, cuánto la amáis y cuánto coste os ha tenido?

VI

Tercer motivo de nuestra esperanza

1. El tercer motivo son los méritos de Jesucristo. Y aquí sí que la confianza, traspasando aquel medio en que consiste la virtud, llega a tocar en los extremos, y dejaría de ser virtud si no tocara en ellos. ¿Qué aliento no debe inspirar en quien se encomienda a Dios en sus necesidades espirituales, y concluye su oración con aquellas palabras: “Por Jesucristo nuestro Señor”? Consideremos un poco lo que esto quiere decir:

2. ¿Querrá acaso decir que el pedir “por Jesucristo”, es una especie de pedir por cortesía o, digámoslo así, por caridad, como quien pide limosna por amor de Dios? ¿O que sólo quiere decir el implorar la intercesión de Jesucristo, para que por su medio sea oída y

bien despachada nuestra oración? Pero si no pasamos más adelante, estamos muy lejos de entender y de penetrar bien la fuerza de aquellas palabras, por cuya falta de penetración nunca llegará nuestra confianza al sublime grado a que debiera elevarse, para no ser jamás defraudada y desatendida. Para explicar, pues, lo que se debe entender por aquella dulcísima cláusula, dudo que en toda la Sagrada Escritura se hallen expresiones más enérgicas que las del evangelista san Juan en su epístola: si por desgracia hubiéramos pecado, confiemos en Jesucristo que es nuestro abogado, con su Eterno Padre, y abogado lleno de justicia.

3. Pero, ¿cómo así, apóstol santo? Ése es un nuevo modo de hablar. Que el abogado sea justo, esa es una prenda particular de la persona; y nosotros, en el abogado, no buscamos las prendas de la persona, sino las del oficio y del empleo. Si se tratase del juez, entonces sí que vendría bien el calificarle de justo; porque la justicia es la que precisamente le conviene como tal. Pero en el abogado, sea la justicia todo cuanto se quisiera, sólo servirá para su decoro privado y personal; mas por lo que toca a nosotros, sólo necesitamos que posea una perfecta noticia del fuero divino, por usar de los términos de san Agustín, y una sagaz comprensión del derecho celestial, con aquella elocuencia nerviosa y eficaz, que sepa inclinar el ánimo de tan justo Juez en favor de tan grandes reos.

4. Jesucristo es un abogado de nueva especie; un abogado que a sus clientes los hace buenos con su bondad, y justos con su justicia. En esta misma justicia se funda toda su elocuencia; en ella estriba todo su patrocinio, y en la misma consisten todas nuestras razones. Porque él es justo, es justo lo que nosotros pedimos; y porque él es inocente, dejamos nosotros de ser pecadores. Él es aquel que, convertido por Dios en nuestra

justicia, presenta a su Eterno Padre esta misma justicia, para que en él mismo seamos justificados por Dios. Entonces, aunque el pleito que defiende sea el peor del mundo, es pleito ganado; y acaso, acaso la causa peor pasará a ser en sus manos la mejor, porque cuanto menos justicia tiene el reo por sí mismo, más le comunica de la suya propia el abogado. Según eso, ¡qué palabras de infinito consuelo para nosotros son aquellas: “Jesucristo, abogado justo”, en las cuales entendemos que cuando pedimos a Dios una gracia “por Jesucristo”, no ya le decimos solamente: oíd, Señor, mi oración, porque Jesucristo intercede por mí, sino porque intercediendo, os hace ver que él mismo es justo por mí y que, al mismo tiempo, es mi justificación y mi justicia.

5. Y si con toda verdad se puede y se debe decir que sus méritos no son tan únicamente suyos, que al mismo tiempo no sean también nuestros, ¿qué gracia le puedo pedir que no tenga grande esperanza de alcanzar? Por indigno que yo sea, considerado en mí mismo, ¿no seré dignísimo de todo, si se me considera como miembro de Jesucristo? Si el Padre reputó a su Unigénito Hijo digno del peor tratamiento, sólo porque se vistió de mis culpas, ¿por qué no me reputará a mí digno de las mayores gracias, cuando me revisito de su infinita justicia? Mi razón tiene todavía mayor fuerza, porque mis culpas respecto de él no fueron más que una mancha exterior que le caía muy por fuera; pero su justicia es, respecto de mí, una riqueza interior que adorna mi corazón.

Siendo esto así, y si puedo exclamar con san Bernardo: “Las llagas de Cristo son méritos míos”, con una especie de seguridad que puede parecer arrogancia; después de haber pedido a Dios aquello que necesito, meto la mano en el preciosísimo erario de los mé-

ritos del Redentor, y digo a su Padre Celestial: “Tomad, Señor, ese es el precio de la gracia que os pido; ahí tenéis la paga anticipada; está satisfecha antes de haberla recibido, y no sólo pagada, sino, dadme licencia para decirlo así, pagada aún más de lo que vale. Mucho más os he dado pagándoos de lo ajeno que si os pagara de lo mío. Bien sabéis que la paga son los méritos de vuestro Unigénito Hijo, empeñados en mi cabeza y renunciados en mi favor. Él me los cedió; vos aprobasteis la cesión, y en virtud de ella, pasaron a ser míos los merecimientos suyos. No podéis retroceder ni negar lo estipulado”. Y si puedo hablar, y si efectivamente hablo con esta resolución, ¿hablo, por ventura, como quien puede quedar avergonzado y confundido? ¿Hablo como un hombre que solamente tiene esperanza, o como quien está muy seguro de conseguir?

VII

Cuarto motivo de nuestra confianza

1. El cuarto motivo son las promesas de Jesucristo. Que este Señor ha prometido concedernos todo lo que le pidamos en mayor ~~bien~~ ^{bien} de nuestras almas, ¿qué cosa más cierta? ¿Cuál otra de mayor fe divina? ¿Cuál otra con más frecuencia repetida y alegada? Y siendo esto tan claro y tan patente, ¿qué repulsa podemos tener, teniendo en nuestra mano un documento como éste? Porque, ¿no diremos con toda confianza y con toda seguridad: “Señor, vos nos empeñasteis vuestra palabra y nos la empeñasteis con toda la solemnidad posible?”. ¿No es éste uno de aquellos secretos que están encerrados en vuestro divino pecho, y son inaccesibles a toda humana penetración? Los instrumentos de esta

promesa, vos mismo los publicasteis y los jurasteis, dejándolos autenticados en vuestras Escrituras. Así como los lee en ellas cualquiera que tenga ojos, así les da entero crédito cualquiera que tenga fe. Faltará el cielo y la tierra, pero vuestras promesas nunca faltarán.

Pues ahora bien, supuesto el empeño en que os habéis constituido, esta súplica que os hago, ¿se ha de llamar súplica o reconvención? Y vuestra condescendencia con ella, ¿será gracia y favor, o deuda y justicia? Si vos no hubierais empeñado de antemano vuestra palabra divina, estaría en vuestro arbitrio concederme o negarme la gracia que os pido; pero después que me la prometisteis, que ratificasteis vuestra promesa e interpusisteis la autoridad de vuestro santo nombre; si fuera posible que todavía la quisierais tener apretada o aprisionada dentro de vuestro puño, ella misma forcejearía por evadirse y por venir volando a mi mano. Nunca creeré que conspiren contra mí vuestra bondad y vuestra misericordia; mas si por desgracia fuese posible que se declarasen enemigas mías, ¿qué miedo podría yo tener, estando seguro de tener en mi favor vuestra fidelidad y vuestra justicia?

2. Y ahora entenderemos la razón que tuvo el santo profeta David, cuando en su famoso salmo de la penitencia, en que parece debía explicarse con la mayor circunspección, hablando sólo de piedad, de perdón y de misericordia, todavía se adelantó a tocar la tecla de la justicia, siendo así que podría sonar a poca prudencia, o a menos consideración aun solamente el nombrarla. Comienza refugiándose al asilo de la misericordia; a ella se acoge y en ella procura asegurarse, como reo perseguido que no tiene otro refugio. Pero después, sin saber cómo, se sale del sagrado de la misericordia, y se pasea con toda resolución a los ojos de la

justicia, o como inocente que no teme, o como delincuente que puede hacerse temer.

3. Pero, ¿qué hacéis, monarca penitente? ¿Qué es lo que decís? ¿Conocéis, por ventura, el estado en que os halláis? ¿O quizá no estáis en vos, porque demasadamente le conocéis? ¿A la justicia apeláis? ¿A un tribunal tan severo recurrís? ¿Es posible que ni aún siquiera se os haya ofrecido pensar en él? ¿Os parece que se hizo para vos aquel terrible altar que todavía humea con la sangre de tantas víctimas como en él se han sacrificado? Eso se llama querer domesticarse con el fuego y jugar con las brasas. Mas al fin, si lo queréis hacer, sea a lo menos con miramiento, sea con cautela; pero, alegrarse, triunfar, hacer grande fiesta.

4. Sí, por cierto, responde el mismo profeta; la justicia está pidiendo mi castigo, pero si pido de todo corazón misericordia, la misma justicia pasa después a clamar por mi perdón. ¿No me lo prometió el mismo Dios? Pues la justicia quiere que sea fiel a sus promesas. Casi estoy por decir que si en Dios pudiera una perfección ser mayor que la otra, antes querría su justicia que me fuese fiel, que su bondad que me fuese misericordioso. Porque, finalmente, la bondad es una perfección que, teniendo por objeto mi miseria, se mueve a socorrerla; mas la justicia, tratándose de un Dios fidelísimo, tiene por objeto su propio divino honor, y se interesa, se empeña y se arma, no menos que por defenderle.

Pues ahora bien, si no puede armarse en defensa de su honor sin armarse también en beneficio mío, tan lejos está de acobardarme aquella espada de fuego, que antes me colma de alegría y de seguridad. Otras veces he dicho al Señor: "Haced con este vuestro siervo según vuestra infinita misericordia". Pero ahora mejoro la súplica y le digo: "Libradme, Señor, en atención a

vuestra justicia". Él lo quiere hacer, él debe hacerlo, y esto es lo que me alegra, lo que me regocija y me hace saltar de gozo.

5. ¡Oh!, ésta sí que es confianza. Y lo es tanto mayor cuanto es más transportada y menos circumspecta. Me explicaré: con los príncipes de la tierra, el acordarles su palabra y darles en cara con sus promesas, pidiéndoles justicia y su cumplimiento, sería exponerse a incurrir en su indignación. Lo más que se permite, es tocarles ligeramente la especie, y aun muchas veces es menester hablarles como de una cosa incierta y dudosa, sobre la cual pudo habernos engañado la aprehensión, o servido mal la memoria. Pero Dios no sólo nos permite, sino que gusta y aun quiere que le reconvenamos con la palabra que nos ha dado. "Acordaos, Señor, de aquella vuestra palabra, en que quisisteis fundar toda mi esperanza." Quiere y gusta mucho de que le apretemos, de que le estrechemos y de que hagamos con él, ¡oh, infinita condescendencia!, lo mismo que con un deudor remolón y plebeyo, al cual, con semblante intrépido, se le recuerda la deuda, y agarrándole por el vestido, se le da a entender absolutamente que pague.

Y si después de tantos motivos como hemos producido hasta aquí, todavía se mantiene tímido nuestro corazón y no se alienta nuestra confianza, estoy por decir que esta poca confianza es, por lo menos, tan delincuente como lo pueden ser nuestras enormes culpas.

VIII

Conclusión de este capítulo

1. Y por dar fin a este punto digo, sea como sea la culpa que supone en nosotros esta poca confianza, es cierto que por ella comúnmente viene a ser inútil e ineficaz nuestra oración. Vosotros, dice el profeta Jeremías, opusisteis a vuestras oraciones una densa nube, para que no puedan penetrar por ella y subir hasta los cielos. Que de tiempo en tiempo se levante alguna maligna nubecilla, la cual, poniéndose entre Dios y nuestras oraciones, les corte el paso y detenga, demasiado lo podemos conocer por el éxito infeliz de las mismas. Pero, ¿qué nube será esa? ¿Serán por ventura nuestros pecados? Eso no puede ser, porque, antes bien, ellos mismos nos constituyen en una absoluta necesidad de volvernos a Dios derechamente.

Y el mismo Dios, entonces más que nunca, nos convida, nos llama y nos solicita: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados”.²⁹ Cuando tenemos necesidad y Dios nos dice: “Venid”, la misma necesidad, en vez de ser estorbo, nos ayuda a caminar. Con tal que sea verdad, que yo no ame, o a lo menos que seriamente desee no amar mis propias culpas, lejos de cortar el vuelo a mi oración, le empeñan y le incitan. Todo el mal nace de que no creemos ni confiamos, todo lo que debiéramos creer y confiar, en aquel “venid”. En suma, la nube que se interpone, el vapor que se eleva y, por decirlo así, la pared maestra que media entre nuestra oración y Dios, es cierta tibieza, cierta

²⁹ Cf Mt 11, 28.

frialdad o cierto desmayo de nuestra confianza, por el cual queda interrumpido el viaje de la oración, disminuyéndose y enflaqueciéndose la fuerza de estañarse hasta llegar a Dios.

2. Vio san Pedro a su amado Maestro caminar sobre las aguas, y en el mismo punto, movido de aquella su natural impaciencia, y deseoso de correr a encontrarlo, especialmente cuando oyó más y más incitado su deseo con aquella amorosa voz: “Ven”; “anímate y ven a mí”,³⁰ sintiendo en su corazón un átomo de generosa confianza, se arroja intrépidamente al mar y, notad el prodigio, como si el revestirse de confianza fuese lo mismo que desnudarse del cuerpo, camina o vuela sobre las olas como si fuera un espíritu. Pero en lo mejor del viaje se alteran un poco los vientos, asústase Pedro, múdasele el color, comienza a desmayar, y como si el desmayar fuera lo mismo que volver a cobrar la naturaleza de los cuerpos graves, ya siente el peso de la persona, ya comienza a hundirse en las aguas, ya peligra.

3. No está el mal en la borrasca que se levanta, sino en el temor que se excita. Ni se habla de compadecerse de Pedro, porque lo merece tan poco como lo merecería un hombre que, provisto de buenas armas, en la mayor necesidad de manejarlas, o se despojase de ellas, por cobardía, o se olvidase de tenerlas. Pues qué, después de haber oído él mismo a su Maestro aquel resuelto “ven”, ¿había de dar lugar en su corazón al menor susto, ni aun a la más mínima duda, aunque viera conspirados contra sí al cielo, a la tierra, al mar ni a todo el mundo?

³⁰ Cf Mt 14, 29.

4. Pues ahora, si no es perdonable a san Pedro su poco corazón y su desmayo, aun cuando vio conjurado todo el furor del viento y de las olas, mucho menos lo deberá ser a nosotros, hablando justa y rigurosamente. Porque además de que tanto el “ven” de Jesucristo dirigido al Apóstol, como el “venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados”, intimado a todos nosotros, a nosotros y a él, nos debiera hacer imperturbables en cualquier posible accidente. Respecto de nosotros, tenemos la ventaja de que todas las circunstancias conspiran a prometernos un felicísimo viaje. El mar en que navegamos es el mar de la divina misericordia; en él sólo se respiran suaves céfiros y auras favorables. El mar de la misericordia es tan plácido como es proceloso el de la justicia. Si dentro de nosotros no se levanta alguna borrasca, ninguna cosa puede turbar nuestra tranquilidad.

5. Convengo en que, de nuestro mismo fondo, tal vez pueden elevarse negros vapores de pusilanimidad y de abatimiento, por los cuales, a pesar de la calma que está fuera de nosotros, se forme interiormente algún borrascoso temporal. Convengo en que el infernal adversario, resolviendo, y en cierto modo alborotando el fondo de nuestro corazón, excite tristezas, perplejidades y desconfianzas, que nublen, arruguen y llenen de temor nuestro pobre espíritu. Algunas veces permite Dios al maligno esta potestad, y entregándole, por decirlo así, la llave de nuestros temores, consiente que a su arbitrio desate aquellos furiosos vientos, y que aumente su natural fuerza, con la violencia de su sopro. Figuraos si un desesperado como él no sabrá soplar bien fuertemente. Y figuraos, también, si al sopro de un desesperado, no crecerá y no será más terrible la borrasca de nuestros temores. Pero sea ésta la que fuere, ¿no es verdad que siempre tenemos en nuestra mano un medio seguro para sosegarla prontamente?

Los cuatro motivos que hemos ponderado, a saber, nuestra miseria, la liberalidad de Dios, los méritos de Jesucristo, y sus divinas promesas, ¿no serán para nosotros un astro, o una benignísima constelación, bajo la cual el inquieto elemento de nuestro pobre corazón, o nunca se altere, o si alguna vez se alborota, inmediatamente se tranquilice? Bajo el favorable aspecto de aquel conjunto de estrellas, ¿no podemos y no debemos prometernos que se serenarán todos los vientos contrarios? Y el mismo movernos, el mismo respirar, ¿no se verá claramente que es ayudarnos, impelernos y facilitarnos el viaje, aliviándonos en gran parte la fatiga, y prometiéndonos en todo la felicidad?

CAPÍTULO CUARTO

Pedir con perseverancia

I

Algunas de las razones por las cuales dilata Dios oírnos

1. La tercera condición es la perseverancia en el pedir. Cuando Dios prometió que nos oiría, no prometió que lo había de hacer a la primera, a la segunda, ni a la tercera instancia; antes, expresamente, nos previno que no cesásemos de llamar a la puerta, por más que él dilatase, o se detuviese en abrirnos. Porque, ordinariamente hablando, la gracia de conseguir sería fruto de la perseverancia en el instar. Por eso insiste tanto en la Sagrada Escritura, en que nosotros insistamos. Y tanto como nos exhorta a hacer oración, otro tanto nos anima a que continuemos orando, y que a pesar de la lentitud o aparente insensibilidad de Dios, nos empeñemos en sufrirla hasta lograr superarla.

2. Muchas son las razones que puede tener para dilatar el oírnos, según la doctrina de los Santos Padres. Tal vez, dice san Agustín, difiere el atendernos para que nos sea más estimable la gracia que nos hace. Si un alma, por ejemplo, restituida a la salud,

mas no a sus antiguas fuerzas, que en su debilidad reconoce las reliquias de sus pasadas culpas, se viese recobrada en su primer vigor al primer abrir la boca, ¿concebiría, por ventura, tanto horror al mal que había sufrido? ¿Estimaría tanto la salud que había alcanzado? Oída sin que le hubiese costado gran trabajo, haría poco aprecio de una gracia que le habían vendido tan barata, y en vez de procurar conservarla, la misma facilidad con que la había obtenido, le serviría de motivo para exponerla y arriesgarla. Sienta, pues, por algún tiempo los efectos de su miseria; aprenda a desear grandemente las cosas grandes. De este modo, cuando se vea favorecida, sobre que sabrá estimarlo más, sabrá también aplicar mayor cuidado a no perder lo que le dieron.

3. Fuera de eso, ¿quién duda que es más dulce la posesión de una cosa que se hizo desear por largo tiempo? Por el contrario, ¿quién no sabe que lo que con mucha facilidad se consigue, con igual facilidad se desestima? San Enodio³¹ dice: “¿Sabéis lo que hace una impetración veloz, o una gracia que apenas se oyó insinuada, cuando se logró conseguida? Pues no hace más que desfigurar la misma gracia, marchitarla, disminuir su hermosura y entibiar mucho el consuelo del que la recibe, privándola en gran parte de aquella suave y delicada belleza, que se puede llamar la flor de la alegría. No de otra manera que el que a una bellísima flor le sacudiese el dulce rocío que la baña, o le quitase aquella fragancia que exhala”.

4. Otras veces, añade san Agustín, dilata el oírnos. No es su intención rechazar nuestras peticiones, pero quiere que nuestro mismo deseo de conseguir, nos sir-

³¹ SAN ENODIO, *Carta 15*, Libro VII.

va de un ejercicio, con el cual, si nos sabemos aprovechar de él, adquiramos nosotros mayor mérito, y a él le demos un gusto singular.

5. Ciertamente que si todo el tiempo que él va dilatando el oírnos, haciéndose de rogar, nosotros insistimos constantemente en pedir, no puede menos esto de ser un bellissimo ejercicio de las más sublimes virtudes. Ejercicio de fe que se mantiene firme e inmóvil, fiada en las divinas promesas, y por más que se nuble el cielo, que se desaten las lluvias, que salgan de madre los ríos, y soplen vientos contrarios de congojas, de temores, de desconfianzas, persiste siempre inmóvil como un escollo. Ejercicio de esperanza que, habiendo muchas veces de combatir contra la esperanza misma, prosigue, no obstante, en esperar contra todo lo inverosímil, y aquello mismo que al parecer le había de acobardar, es lo que la aviva y la enciende más. Ejercicio de humildad, que siempre se confunde más y más en el conocimiento de su miserable estado, quedando más y más convencida de esta gran verdad: que el hombre tan incapaz es por sí solo de levantarse, como por sí solo es libre para caer.

Del mismo modo, se puede ir discurriendo por otras virtudes que acostumbra ejercitar un alma que tiene necesidad de recurrir a Dios, y está implorando y esperando con paciencia su socorro. Así se verifica aquel bello pensamiento de san Gregorio Nacianceno, que muchas veces es una nueva gracia el mismo no apresurarse a conceder el beneficio.

6. Pero si el alma saca tanto provecho por las muchas y grandes virtudes que excita, ¿quién podrá explicar el gran placer que de eso se le sigue a Dios? ¿Qué propensión no tiene su infinita misericordia a consolarnos en todas nuestras necesidades? ¿Gusta por ventura, o se deleita en vernos a sus pies tristes, afligidos

y desconsolados? ¡Ah!, que su amoroso genio le inclina a enjugar luego las lágrimas de nuestros ojos, y a desecar el manantial de nuestro llanto. Pero como en sus divinos ojos nuestro llanto y nuestras lágrimas tienen una gracia, una belleza inexplicable; como ve que su repulsa o su estudiada dilación, añadiendo a nuestras súplicas el fervor de la fe, el brío de la esperanza y la fuerza de la humildad, da nuevo esplendor, nuevo resalte a aquella belleza y a aquella gracia, se complace Dios tanto en aquel objeto que, por gozarle más tiempo, se vuelve a su misericordia y le dice: ten paciencia, y tarda todavía un poco más en despacharla.

7. ¿No fue éste a la letra el notorio y tan sabido caso del Salvador con la cananea? ³² ¿No dirá cualquiera que sólo se revistió él de aspereza para que ella se adornase de gracias?, ¿que él huye de estudio para que ella le siga con mayor ardor?, ¿que él se finge sordo, para que ella se acredite de más elocuente?, ¿para que brille más el espíritu y la viveza de sus respuestas? En una palabra, porque le da grandísimo gusto oír la clamar. En efecto, al oír las dificultades que él le va proponiendo, ya por su parte, ya por la de su Eterno Padre, cómo campea, cómo brilla la ingeniosa fe de aquella prodigiosa mujer. Cómo retuerce en su propio favor las objeciones. Cómo le devuelve al divino Maestro sus mismas saetas. Cómo todo le sirve, convirtiendo en provecho propio la cara seria, las palabras duras y la misma áspera repulsa, ni más ni menos que lo pudiera hacer, si le mostraran el semblante más afable, y la trataran con el más dulce, el más risueño y más cariñoso modo del mundo. ¡Ah, Señor! Vos admirasteis sus respuestas, vos enmudecisteis. La Sabidu-

³² Cf Mt 15, 22.

ría increada no tuvo qué replicar a sus retorsiones. Pero el mismo no tener qué decir, ¿quién duda fue para vos de aquel extremo gozo que siente un maestro cuando tiene un discípulo suyo tan aprovechado y tan bien instruido, que para hacer por sí mismo la prueba de su aprovechamiento, arguyéndole y apretándole todo cuando puede, ve el ingenio y la solidez con que responde a todas sus preguntas, se desenreda y se desembaraza de todas sus objeciones, de manera que no teniendo ya qué preguntarle ni qué oponerle, se halla reducido a admirarse y a callar? Tuvisteis mil razones, oh, Dios mío, para dilatar vuestras gracias a aquella singular mujer. Si no se las hubieseis diferido, de qué placer tan dulce os hubierais privado. ¡Oh, qué bello ejemplo para todos nosotros!

II

Razón particular para esperar con paciencia el tiempo en que Dios nos quiere oír

1. Estas y otras razones de aquel su diferir la gracia que le pedimos, son muy buenas y me alientan mucho a sufrir, perseverando en la oración. Pero sí he de confesar cándidamente qué cosa es la que en mi expectativa me hace más rendido a la divina providencia, más humilde, más paciente y, por decirlo así, más tratable, es considerar que si Dios dilata tanto el atender a mis súplicas, ¿cuántas veces y cuántas, dilaté yo mucho más el dar oídos a sus inspiraciones? ¿Qué digo, dilaté? Las repelí, las desprecié, hice burla de ellas. Él se muestra sordo a mis voces, pero yo lo fui antes a las suyas. Él parece que no me quiere oír, y yo verdaderamente me hice sordo a sus voces, con el modo más

grosero, más villano del mundo. Mas, ¿por cuánto tiempo? Años y más años ha que me está llamando. ¿Y lo ha conseguido hasta ahora? ¿Y ahora que me vuelvo a él, me será gravoso el esperar con paciencia a que me dispense sus gracias? ¿Pretenderé que éstas se me vengan a mí volando arrebatadamente?

Quiere castigar un poco mi perfidia, y ¿no tiene mil razones para hacerlo? Podría castigarme con la negativa de sus favores, y ¿no es suma, no es infinita bondad, que sólo me castiga con la dilación? Este castigo es muy grato para mí, se me hace muy amable; porque la cosa no puede terminar sino en que yo consiga lo que pido a su misericordia. Mientras tanto, quiere dar alguna satisfacción a su justicia; mientras tanto, me hace conocer el daño que me hizo la resistencia a su divino llamamiento; mientras tanto, en el mismo castigar mi ingratitud, me facilita el modo de darle prueba de mi constancia.

2. “Y si esto es así, justísimo tanto como misericordiosísimo Dios mío, yo me abandono enteramente a vos. Con paciencia y con perseverancia esperaré aquellos graciosos momentos que tenéis en vuestra potestad; esperando, esperaré, y nunca cesaré de pedir y de esperar. Veremos quién vence. Pediré y esperaré hasta mi último aliento, y si fuere posible que vos no me oyeráis antes, aun en mi misma muerte no morirá conmigo mi esperanza. ¿Por ventura el santo David no extendió su esperar hasta más allá del vivir? ¿No protestó querer que su esperanza sirviese de sepulcro y de reposo a su cadáver? ¿No mostró creer que esta centella se había de conservar entre sus mismas cenizas, para descubrirse y reventar a su tiempo? Yo no sé si podré esperar tanto de mi esperanza, pero sé muy bien que quiero perseverar en ella hasta la muerte, que quiero morir con ella dentro de mi corazón, que baje y se encierre conmigo en mi sepulcro.”

III

Fuerza de la perseverancia en la oración

1. Pero sea la que fuere la razón porque el Señor dilata a veces el cumplimiento de nuestras súplicas y de nuestros deseos, tomándose no breve tiempo para satisfacerlos, él nos manda absolutamente que perseveremos orando; y habiendo ligado sus gracias a la perseverancia en la oración, y ligándolas de tal manera que aquel Dios que no se puede mudar si, por decirlo así, hubiera resuelto no oírnos, se vería precisado, en virtud de nuestra perseverancia, a mudar de resolución. Perseverando nosotros en la oración, aun cuando Dios no nos oyese por genio, debería oírnos por fuerza, y condescender, a pesar suyo, con aquello que nosotros queremos.

2. Traed, os ruego, a la memoria, la parábola de aquel hombre, que llegándole a su casa de repente y ya muy entrada la noche, un huésped forastero³³ y hallándose sin pan, por una desgraciada casualidad, va a la casa de un vecino amigo suyo a pedirle un pan prestado; pero la puerta está cerrada, la hora es importuna, el amigo está acostado, todos los criados en la cama durmiendo profundamente y, en fin, no pueden ser peores todas las circunstancias. Llama a la puerta, óyele el amigo, pero hace que no oye, porque no quiere incomodarse; pudiera muy bien despertar a sus criados, mas tampoco se resuelve a incomodarlos. En una palabra, está determinado a no hacer lo que le pide, y redondamente le dice: amigo, has venido en

³³ Cf Lc 11, 5.

muy mal tiempo; no te puedo servir, siendo éste uno de aquellos casos en que el “no puedo” es lo mismo que no quiero. ¿Qué hace el otro vecino? Vuelve a llamar a la puerta con más fuerza, y llama tan desesperadamente que, irritado el dueño de la casa con aquel ruido, y no pudiendo ya sufrir tan molesta y tan importuna porfía, al parecer no sabe ya lo que se hace: salta de la cama colérico y furioso, va al arca donde está el pan, toma dos panes, abre la ventana, y sin hablar palabra al que se los pide, no tanto se los da por impulso de liberalidad, cuanto se los arroja por ímpetu de impaciencia. Hecho esto, cierra enfadado la ventana, vuélvese a la cama, y casi no acierta a creer que ha echado de sí y se ve libre de aquel molesto y enfadoso demandador. De esta manera concede a la importunidad lo que la amistad no había podido conseguir de él; y en cierto modo lo que no había querido hacer por inclinación y por amor, se ve precisado a hacerlo por cólera y por despecho.

3. “Señor mío Jesucristo, ¿podré yo sin ofenderos aplicar a vos esta parábola? Y si lo hago, ¿podrá ser decoro vuestro? ¿Podré decir, que el cumplir las santas leyes de la amistad sea para vos pesado y enojoso? ¿Que para vos hay horas impropias y poco acomodadas? ¿Que el pedir os socorro en nuestras necesidades puede turbar vuestro dulce sueño? ¿Que por quererme oír, hayáis abandonado vuestro eterno y bienaventurado reposo? ¿Que vuestros siervos, los cuales son vuestros santos, por no interrumpir aquella feliz quietud que gozan en vuestro amoroso seno, se nieguen o se excusen de prestarse a nuestras súplicas? Sobre todo, ¿podré nunca decir que os enoje en ninguna ocasión el que llamemos a vuestras puertas, cuando tantas veces nos habéis vos mismo dicho que llamemos a ellas y se nos abrirán? En suma, ¿que no queráis tener encerra-

do vuestro pan y tenémoslo encerrado en la mayor necesidad, siendo así que vos mismo nos habéis mandado pedíroslo cada día?

Pues si nada de esto se puede decir sin blasfemia, luego todo lo que se puede sacar de esta parábola se reduce a que si fuese posible que tuvierais vos horas críticas, nuestra importunidad las mudaría en favorables, y os obligaría a ser un Dios de todas las horas. Puedo decir, que si fuera posible que en vuestra eterna e infinita bienaventuranza os incomodara el oírnos, nuestra importunidad os forzaría a sufrir aquella incomodidad; que si hubierais determinado desatender nuestras súplicas, no hacer caso de ellas y despedirnos con un 'no puedo' o 'no quiero', por nuestra importunidad deberíais mudar de resolución, y siendo inmutable, deberíais mudaros. Finalmente, que si no fuerais capaz de acudir a nuestro socorro por el amor que nos tenéis, sería menester que os contentaseis de hacerlo por la importunidad de nuestros ruegos. Oh, santa importunidad. Oh, qué virtud es la tuya, pues la tendríais para hacer liberal al mismo Dios, aun cuando no lo fuese esencialmente por naturaleza, por caridad y por compasión. Dije poco, aun cuando fuese posible el imposible de empeñarse en no querer serlo."

4. "Sí, mi Dios, diría con san Agustín, si es suyo el bello sermón que sobre esta parábola se lee en sus obras, a vos vengo, socorro os pido, sin mérito alguno, y os lo pido 'gratis'. No me presento como pretendiente que pide justicia, sino como mendigo que demanda gracia. Vengo de noche, esto es, obligado de una grandísima necesidad. Ni esto me acobarda, antes bien, me alienta y me conforta. La hora parece impropia, pero siendo para mí la hora de la necesidad, por lo mismo es también para vos la hora más oportuna. Lo propio es recurrir a vos como miserable, que llegar en buena sa-

zón; antes bien, cuanto más miserable es el que llega, es mejor recibido de vos. Al mérito de miserable, que tanto vale a vuestros piadosos ojos, añadiré el de importuno, que lo puede todo.

No tenéis que esperar paz ni treguas. No os dejaré respirar, como se trate sólo de fastidiaros; eso ya lo sabré yo bien hacer. Mas ¿qué digo fastidiaros, cuando no hay música más armoniosa a vuestros tiernos oídos? Mi importunidad es para vos un tedio sonoro, un dulce fastidio, que sumamente os agrada. Y si os agrada esta música, estad cierto, Señor, que nunca dejaré de dárosla, quedando de mi cuenta el que nunca la echéis de menos.”

5. Ánimo, pues, oh cristiano deseoso de tu salvación, supuesto que Dios lo que principalmente te pide es la constante perseverancia y continuación en tus súplicas y en tus clamores. Si tuvieras un pleito de importancia, y tanta que de él dependiese tu sustento, y por otra parte estuvieras cierto de ganarlo indubitablemente, a fuerza de hacerte importuno al juez, de manera que para él ninguna razón valiese tanto como la molestia, la porfía y la pertinacia de tus instancias y de tus oficios, ¿le dejarías, por ventura, respirar? ¿No estarías siempre sobre él en todo tiempo, en todo lugar, en su casa, en la calle, en el paseo; ya buscándole, ya haciéndote enconradizo, recordándosele, recomendándosele y reiterándole a todas horas tus súplicas, tus instancias, siendo como la sombra de aquel pobre magistrado? Pues, persuádetes bien, y métetelo bien en la cabeza, que nunca vencerás el gran pleito que tienes con el demonio, mundo y carne, si no te haces tú mismo perpetuo agente y solicitador incesante con Dios; considerando que, no teniendo mérito alguno para ganarlo, te servirá de mérito tu misma importuna solicitud.

IV

*No sólo la importunidad, sino también la animosidad
de nuestras instancias, es agradable a Dios*

1. Y se debe notar que al nombre de importunidad, además de aquel continuo insistir en clamar por lo que se necesita, se pueden, también, reducir ciertos modales y aún ciertas expresiones menos comedidas, en que raras veces deja de descuidarse un importuno. Entre los mendigos que piden limosna, si se encuentra alguno de aquellos importunos, encaprichados en no desistir de pedir hasta vencer o ser vencidos, dime si observan siempre aquella moderación, aquella humildad, ni aun aquella atención que pide su necesidad y la misma cortesía. Dime si se contienen siempre dentro de los términos de la modestia y del respeto. Si, en suma, su modo de pedir no huele muchas veces a osado y atrevido, sonando menos a súplica que a queja, que a lamento, que a qué sé yo. Estos modales practicados con los hombres, unas veces salen bien y otras, mal; pero aun cuando salen bien, siempre desagradan, siempre ofenden y, las más de las veces, por lo mismo que ofenden y desagradan, salen bien, pues sólo por librarse de ellos se le despacha al pobre importuno como desea. Pero, al contrario, estos modales, usados con Dios, logran siempre un doblado feliz éxito, son siempre bien despachados, porque son siempre bien oídos; logran lo que desean, porque da gusto el modo con que piden.

2. Como la persona que pide tenga un corazón animado con la esperanza, y encendido con la caridad, o a lo menos, un corazón, que si le falta la caridad, no le falta un gran deseo y una viva confianza de conseguir-

la, y pidiendo y esperando con perseverancia en pedir y esperar, santamente se obstina; como la persona que pide tenga un corazón de esta hechura, y entonces use un modo de pedir que suene a pretender; una manera de solicitar por gracia, que parezca ejecutar por justicia, y un cierto tono en el hablar que se acerque al modo de reñir, según la expresión de un santo Padre,³⁴ entonces, las quejas, las reconvenciones y todo lo que en el calor o en el entusiasmo de la oración se viene a la boca, todo es bien recibido. Entonces, o que el alma se lamente de su miseria como que ya no puede con ella, o que se queje del Señor como si no tuviera ojos para verla, o como si viéndola, no se incline a remediarla, o que, finalmente, se desahogue y se exhale en cualquier otro modo semejante: ah, que entonces tan lejos está Dios de darse por ofendido de semejantes arrebatos y transportes que, antes bien, se alegra y se considera glorificado.

3. Pero antes de dar la prueba de lo que digo, permítaseme recurrir a la Escritura, y en ella haré palpar con la mano, que cierto modo de hablar con Dios, el cual puede parecer un poco libre y atrevido, ciertas expresiones que, entendidas a la letra y no atendiendo al espíritu, pueden parecer extrañas, y se acercan a inconsideradas, no son cosa para asombrar, y encontremos frecuentísimos ejemplos en grandes y muy santos personajes. Pues qué, ¿no es un modo de hablar con Dios un poco alto aquel con que se explica David cuando dice: nosotros, abismados en un profundo de miserias, ¿y vos, Señor, durmiendo? Ea, despertad, sacudid de vos esa especie de letargo y acudid a socorrernos.³⁵ Y ¿no era también un poco alto aquel aire

³⁴ CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Isaías* C. 34.

³⁵ Cf Sal 43, 23-26.

con que él mismo le decía: “¿Cómo así, Señor? ¿Por qué os alejáis de nosotros cuando más necesitábamos de vuestra presencia?”.³⁶ “¿Por qué os retiráis cuando vuestro socorro nos es más necesario? Desviarse y desdenarse de unos pobres atribulados, ¿es cosa digna de vos?”.³⁷ Y el profeta Eliseo, ¡qué impaciencia y qué viveza no mostró cuando no fue oído en cierta súplica que hizo al cielo! “¿Qué se ha hecho, exclamaba, el Dios de Elías? ¿A dónde se ha ido en esta ocasión? Pues qué, ¿no está ya donde solía estar? ¿Ha dejado de ser el que era?”³⁸ Y si está siempre donde siempre ha estado, si siempre ha sido, ¿por qué no hace ahora lo que siempre ha hecho?”.

4. Añádase a éstos el ejemplo de Moisés en aquel reto, quiero decirlo así, que hizo a Dios, el cual parecía despecho aún más que ruego: “Señor, gritaba, una de dos: o perdonad a este pueblo su desacierto, o borraradme a mí del libro de la vida; porque yo, sin ser reo de su delito, desde luego me sujeto al castigo que merece. Ellos serán borrados porque cometieron sacrilegios contra vos, y yo lo quiero ser porque vos no fuisteis misericordioso con ellos”.³⁹

5. Añádase el ejemplo de Jacob, y considérese en todas sus circunstancias.⁴⁰ Es digno de observación que Jacob, cuando quiso lograr de Esaú que condescendiese en la súplica que le hacía, no hubo acto de sumisión, de humillación y de rendimiento a que no se sujetase; pero al contrario, cuando pretendió conseguir del ángel la suspirada bendición, como sabía muy

³⁶ Cf Sal 9, 22.

³⁷ Cf Sal 10, 1.

³⁸ Cf 2 P 2, 14,

³⁹ Cf Ex 22, 31-32.

⁴⁰ Cf Gn 33, 3-10.

bien el modo de negociarla, arrimando a un lado toda ceremonia y cambiando en valor la reverencia, lucha a brazo partido con el divino adversario, mide sus fuerzas con él, y resueltamente le intima, que no espere verse libre de sus brazos mientras no le eche la bendición que deseaba. No, Señor, le dice, no lograréis la libertad que deseáis, mientras yo no consiga la bendición que os pido.

6. Añádanse, finalmente, tantas contiendas como tuvo con Dios el santo Job, y entre ellas baste por ahora examinar la gallarda expresión y el fuerte significado de aquellas pocas palabras: "Acuérdate de que me modelaste como al barro"; ⁴¹ las cuales, juntas con otras del mismo pacientísimo santo, bien explicadas quieren decir: pídoos, Señor, algún alivio en tantas miserias como me oprimen y por todas partes me rodean. Para conseguirlo os recuerdo lo que vuestra sabiduría tiene muy presente; pero si sólo se atiende al pesado brazo con que me herís, parece que lo ignoráis. Acordaos que mi resistencia no es de piedra, ni mis carnes son de bronce. ⁴² Sin que yo os lo recordase, lo debierais saber vos, pues vos mismo me criasteis y me vestisteis de esta piel, ⁴³ encadenado y extendiendo estos mis huesos.

Bien sé, Dios mío, que debo acordarme de que soy polvo para adorar vuestros decretos; pero si vos mismo me formasteis del lodo, razón sería que no os olvidaseis de esto, para compadeceros de mi flaqueza. Y ¿se compadecerá de ella un Dios tan poderoso como vos, si no acudís a socorrerla? Pues, ahora bien, si yo debo tener presente lo que soy, vos no debéis olvidaros

⁴¹ Cf Jb 10, 9.

⁴² Cf Jb 6, 12.

⁴³ Cf Jb 10, 11.

de lo que sois. Cada cual tenga presente su libro de memoria; yo sacaré del mío una profunda humildad, y vos sacaréis del vuestro una viva compasión.

V

*Por qué razón agrada a Dios y se da por bien
servido en este modo de orar*

1. Que estos modos, aunque a primera vista menos reverentes y al parecer un poco atrevidos, sean gratos a Dios, y aun cedan en grande honor suyo, se muestra por dos razones. La primera es porque el que los usa únicamente lo hace por el concepto que tiene formado de su infinita bondad, y ella sola es el blanco a quien se dirigen, fundándose en ella sola toda su dirección. Un alma enteramente llena de aquella máxima tan celebrada de la valerosa Judit: "No abandonarás a los que presumen de ti y a los que presumen de sí los humildes", ⁴⁴ ¿qué es lo que hace cuando se ve más necesitada de socorro? Fija los ojos en su indignidad, y lo mismo es fijarlos en ella que desmayar, confundirse y abandonarse. Pero en este su abandono, alza los ojos al cielo y los pone en la divina bondad; en un momento sacude de sí la pasada consternación, y no sólo la sacude, sino que, cobrando aliento, pasa tan adelante que no ya por grados, ni poco a poco, mas de repente viene a dar en el extremo contrario. No de otra manera, según el bello pensamiento de san Agustín, que al sentir y ver cerca de sí el estruendo y aún el estrago de un rayo, pasado el peligro, el extremo pavor se cambia en una extremada alegría.

⁴⁴ Cf Jdt 6, 19.

Así, en nuestro caso: aquella alma que al considerar su demérito, sentía un desmayo que parecía desesperación, al volver los ojos a la bondad infinita de Dios, cobra un espíritu que se acerca al atrevimiento. Y en este estado, contenedla si os da el ánimo, para que no se incline a algún exceso. Y entonces negad, si podéis, que aquel exceso no redunde en mucha gloria de Dios. Porque al fin, si se atreve a tanto, ¿es por ventura por otro motivo que porque Dios es bueno? Porque es bueno, no mide los pasos; porque es bueno, no pesa las palabras; porque es bueno, no se contiene dentro de los términos debidos; porque es bueno, pasa más allá de lo conveniente; porque es bueno, usa un cierto modo de suplicar, que tiene un poco de “presumir”. Pues, ¿qué objeto tan delicioso no será para nuestro buen Dios el ver una criatura suya, que después de haber perdido enteramente el ánimo a vista de su miseria, sólo con volver los ojos a la infinita bondad de su Señor, y parar un poco en ella la consideración, pasa del acobardarse al atreverse, y de faltarle el aliento y la voz, a levantar el grito y pedir con cierta especie de confiadísima arrogancia, del despertar al “presumir”, por concluirlo con la misma expresión del Espíritu Santo? Pues venga ahora el que quisiere a resolvernos este problema: si Dios es más glorificado por aquel que se contiene en ciertos límites, o por aquel que los traspasa. Por aquellos que pueden decir con el Apóstol “somos sobrios”, o por los que pueden decir con el mismo: “Sobreabundamos en Dios”.⁴⁵

2. La segunda razón es, porque estos modos de orar no sólo se dirigen a la divina bondad como término y objeto suyo, sino que ellos mismos, tales cuales

⁴⁵ Cf 2 Co 5, 13.

son, vienen del mismo Dios, y son preciosos dones de su infinita liberalidad. Hace Dios con las almas que se presentan a él para ser oídas, muchas veces, lo mismo que hace con los justos que se le ponen delante para ser medianeros entre su indignación y los pecados de los hombres. Pero, ¿qué es lo que hace con éstos? Él mismo les suministra la fuerza que han menester para quebrantar su propia cólera, para arrancarle los rayos de la mano y para reprimir su furor. Él mismo les anima a que le resistan, a que se le opongan; y para que combatan contra él, a golpe seguro y con feliz suceso, él propio los provee de armas y por su mano se las ciñe.

3. De la misma manera, y no pocas veces, procede Dios con aquellos que por su propio interés y por sus necesidades espirituales se arrojan a sus pies. Él mismo les da aquel valor con que le embisten; él les infunde aquella no sé qué indiscreción con que le hablan; él mismo les añade el espíritu de perseverancia y de tesón con que le importunan, el espíritu de una media violencia con que le estrechan y le obligan; y para que luchan con él a brazo partido, y le compelan a que les dé aquella bendición que quiere darles, pero muestra no quererlo, él mismo les comunica las fuerzas. De esta manera se arma contra sí propio en favor de los unos y en favor de los otros, dando fuerza a los primeros para detenerle el brazo y suspender su venganza, como pulsó a los segundos para abrir el cerrado puño y hacerse dueños de sus gracias.

4. Quede, pues, establecido, por las dos razones ya dichas, que tal vez los más atrevidos pueden ser los más fervorosos; el espíritu de Dios, si algunas veces gime con gemidos inenarrables, según la expresión de san Pablo, también tiene su modo de levantar la voz en ciertas ocasiones, y sabe mezclar con sus lágrimas un

clamor robusto y fuerte; y que al fin, ciertos rasgos de resolución, o ciertos deslices, o ciertos arrojos de lengua, en vez de disonancia, hacen a los oídos de Dios una gratísima melodía. Aquello poco de inurbano o de crudo que al parecer se descubre en ellos, está sazonado con la esperanza, con la confianza y con la caridad. Entonces, los que parecían defectos son adornos, son primores de la oración; en traje de insultos, son respetos; son lisonjas con apariencias de osadías, y se disimula en aparente sencillez el más cortesano artificio; qué maravilla, pues, que así los grandes santos como los mayores pecadores, aquéllos para crecer en gracia y éstos para volver a ella, no siempre midiesen con escrúpulo sus palabras, que les fuese más ventajosa una santa libertad; y que para introducirse mejor a los suspirados favores, la antepusiesen a una excesiva y demasiado prudente circunspección.

5. Fuera de que, casi estaba por decir que no podían hacer otra cosa. Los santos obedecían en esto a su ardentísimo amor, y los pecadores a su extrema necesidad. Y ¿quién no sabe hasta dónde llegan los estímulos de la necesidad y los ímpetus del amor? ¿Quién no sabe que el contenerse de manera que una vez u otra, poco o mucho, no se rompan los márgenes del respeto, no se traspasen los límites del deber, no es cosa que se pueda siempre esperar de un hombre poseído de un grande amor, o apurado de una extrema necesidad?

CAPÍTULO QUINTO

Medio utilísimo para tener a Dios favorable en nuestras súplicas, y para que a éstas no les falte alguna de las necesarias condiciones

I

Cuál sea este medio

1. El medio es la frecuente y familiar consideración de lo mucho que Dios nos ama, por grandes y por miserables pecadores que seamos.

2. Por tanto, quisiera yo que continuamente tuvieras presente en la memoria y estampada en el corazón, aquella infinita bondad con que acostumbra tratar a quien le ofendió, y lo más común a quien más le ofendió, de manera que fuese éste el deliciosísimo asunto de tus más favorecidas y más gratas reflexiones. Tienes gran necesidad de ganar la voluntad de aquel Señor, que tiene en su mano aquella o aquellas gracias que has menester para volver a meterte en el camino de tu salvación. Pues, sábetelo, que el pensar en las finezas de su amor a los pecadores, es una de las más diestras y más eficaces artes que se pueden practicar para probar sus efectos. Sábetelo que, insistir en este pensa-

miento, es pulsar aquella cuerda que suena más dulcemente a sus tiernísimos oídos. Sábeta, que no le puedes hacer cosa más grata que, recapacitando sus misericordias, altamente alabarle, magnificarle, aplaudirle, triunfar y hacer gran fiesta sobre ello. No es posible hallar más fina insinuación; ésta es la mayor lisonja que se le puede hacer; es, por decirlo así, tocarle en lo más vivo de su pasión dominante; es un cogerle de manera que por el camino de complacerle se llegue a dominarle y, como se suele decir, a hacerse dueño de su persona. No me cansaré de repetirlo: el que sabe usar de este artificio, ya se apoderó de Dios, ya le tiene comprado.

3. Los hombres se compran de diferentes maneras. Cómpranse con llevar el aire a sus inclinaciones; cómpranse con delicadas alabanzas dadas a tiempo; con atenciones cortesananas usadas con oportunidad, y con otras demostraciones reverentes y afectuosas, sagazmente practicadas. Pero, ¿cuánto más fácil cosa es comprar a Dios que a los hombres? Porque los hombres, llevando mal cualquier violencia que se les quiera hacer, ya manifiesta, ya ocultamente, basta advertirla o sospecharla, para librarse de ella; pero Dios, por el contrario, aunque no pueda dejar de ver el artificio que se usa, el interés a que se mira y la violencia que se le va disponiendo, sin embargo se deja prender y, como se dice, él mismo se mete en el lazo o en la red, con los ojos abiertos.

4. “Y si esto es así, Dios mío, yo, que sé que el andar considerando la inmensa caridad que mostrasteis siempre a las almas más perdidas, es un lisonjear a vuestro genio, y lisonjeándole hacerse dueño de vuestro corazón; yo, que sé que para vos no hay cosa más grata que ésta y, por consiguiente, que más me proporcione para recibir vuestros favores; yo, finalmente,

que estoy bien informado de que las misericordias usadas por vos con otros semejantes a mí son, respecto de mí, una segura prenda, y respecto de vos un nuevo empeño de usar otras tantas conmigo, quiera que estas mismas misericordias sean un perpetuo incesante empleo de mis continuas reflexiones.”

5. “Qué alegre campo no daré yo a mis pensamientos, considerando la gran paciencia con que estáis esperando que se arrepientan los pecadores, como si dependiera de esto vuestra felicidad. ¡La grande ansia con que andáis en busca de ellos! ¡Las tantas, ya promesas, ya amenazas, ya convites, ya terrores con que los estáis solicitando! Tendré siempre delante de mis ojos aquella infinita misericordia que, como dicen los santos,⁴⁶ hace con vuestra justicia aquel mismo papel que hace una tierna madre para que los desaciertos del hijo no sean castigados por su padre; hace cuanto puede para que no lleguen a la noticia de éste; y cuando no haya modo de ocultárselos, ruega tanto, insta tanto y tanto le apura, que al fin le mueve a disimularlos y a cerrar los ojos, y hacer de él que no lo sabe. Entre estos indignos hijos sabré reconocerme a mí mismo, y contaré aquellas veces que me librasteis del castigo que tenía tan merecido; me admiraré y me pasmaré de aquel vuestro alto y profundo disimulo tan desatendido al castigo de mis culpas, que podía parecer ignorancia la estudiada disimulación. Y, ¿quién sabe, Señor, si no habéis disimulado tanto conmigo, como lo hicisteis en otro tiempo con aquellos impíos de la Escritura, los cuales, viéndose tolerados por tan largo espacio de tiempo, llegaron a blasfemar; era en vos lo mismo que el no ver; y lo que era exceso de amor, lo calificaron de ignorancia y falta de conocimiento?”

⁴⁶ SAN GREGORIO, *Homilía 29*.

6. "Traeré a la memoria aquella grande alegría que vos hacéis en el cielo, y la que a vuestra imitación hacen los ángeles y todos los cortesanos de la corte celestial, cuando se convierte un pecador. Gran cosa será el ver aquella santa ciudad que siempre está en alegría, estarlo mucho más en ciertos días y en ciertas ocasiones, observándose en toda ella un gozo y una solemnidad extraordinaria. Casi estaba por decir, que al modo de la Iglesia militante, también la Iglesia triunfante, fuera de los días ordinarios y feriales, tiene también sus días de fiesta de mayor y más ostentosa solemnidad, celebrándolos con toda aquella pompa y con toda aquella magnificencia que conviene a un estado tan alto y tan bienaventurado. Pero lo que más observo es, que las fiestas de la Iglesia militante son por los santos que reinan en el cielo, y las de la triunfante, por los pecadores que se convierten en la tierra. ¡Ah, Señor, y cuánta verdad es que si en la tierra no hubiera pecadores, no se celebrarían en el cielo aquellas fiestas! Y cuánta verdad es que yo puedo añadir una fiesta más en el paraíso, y pretender al mismo tiempo que sea de las más solemnes la que se celebre por mí."

II

*Prosigue el mismo asunto y se producen
nuevas pruebas*

1. Sobre todo, repasaremos, dentro de nosotros mismos, aquellas sagradas deliciosas parábolas, en las cuales nos expone el Señor en el Evangelio, de modo que nunca acertaremos bien a concebir la complacencia que le causa la conversión de los pecadores, la ter-

nura con que los recibe, y la manera con que los trata. Dije que nunca acertaremos bien a concebir, porque estoy persuadido de que los más altos y más oscuros misterios de nuestra fe no son más superiores a nuestra razón que las incomprensibles demostraciones de su amor. Por lo que llegó a decir un alma santa, que para ella era Dios menos incomprensible por su naturaleza que por su caridad respecto de nosotros.

2. En efecto, ¿quién no se confunde, por casi nada de reflexión que quiera hacer, sobre el modo con que se procedió con el hijo pródigo? Éste, después de haber abandonado a su padre tan indignamente, después de tantas disipaciones, después de haberse tan brutalmente envilecido, no sólo es recibido del padre con tiernas lágrimas, con dulces abrazos, con amorosos besos, sino que, en gracia de su venida, resuenan en todo el palacio tantas y tales fiestas, se hace un convite tan suntuoso y tan magnífico, que si su hermano mayor fuera menos bueno podrían venirle tentaciones de hacerse malo. Sentado a la mesa el dichoso pródigo, si conoció sus yerros cuando se vio reducido a sustentarse de bellotas, mucho más lo reconoce ahora, a vista de tantas y tan deliciosas viandas. Llorólos y detestólos cuando se halló en brazos de la miseria, pero ¿los detestará y los llorará menos ahora que se ve restituído a los de la delicadeza y de la abundancia? Entre la regia magnificencia del suntuoso convite, cómo brilla, cómo campea la ternura del padre. Pero, ¿campea por ventura menos, o brilla menos la contrición del hijo? ¿Quién podrá decir cuál de las dos es más centelleante, más resplandeciente? ¿Quién será capaz de decidir cuál de los dos objetos da mayor gusto, si el ver la alegría del padre por haber recobrado al hijo, o el contemplar el dolor del hijo por haber disgustado a tan buen padre? Por lo que toca a mí, tanta complacencia

pruebo en ver aquel amor, como en considerar este dolor; porque el fin de este dolor no es otra cosa que una reverberación de aquel amor. Pues que se nos venga ahora acá el primogénito; y si le excitase alguna envidia por ver el modo con que es tratado su hermano, para apagarla en un instante le bastará saber que su hermano solamente envidia en él su inocencia.

3. Pero, Señor, lo que me entenece más en esta parábola es que vos no proponéis a los pecadores el hecho del hijo pródigo, como si fuera una disposición de vuestras leyes, sino como un uso y costumbre vuestra. No nos decís, y aún eso sería un muchísimo decir: sucedió este caso con el hijo pródigo para que no desesperéis a vista de este ejemplo. No nos decís esto, antes con incomparable bondad nos repetís, y nos inculcáis: lo mismo que sucedió con el hijo pródigo sucederá con vosotros, siempre que vosotros lo queráis. Animaos, confortaos, que este trato y estas caricias no son un accidente o un salir del orden regular; son mi estilo, son lo que yo acostumbro hacer.

4. Y, ¿qué diré de aquella oveja descarriada que el pastor va a buscar por montes y selvas, y habiéndola dichosamente encontrado, la carga sobre sus hombros, y el trabajo que le cuesta el conducirla lo considera como descanso y alivio de la fatiga que le costó el encontrarla? Colócala en el redil donde están las otras noventa y nueve, que nunca se separaron del rebaño; de cuando en cuando la busca con los ojos, y tras los ojos se le va el corazón. Acuérdate del sudor que le costó; se alegra, se aplaude a sí mismo, y quiere ser aplaudido de los demás. Nunca recuenta su ganadillo, que al pasar delante de él aquella desventurada no le diga tiernamente: allí va la desgraciada, la rebelde, la proterva, la obstinada, porque en ocasiones ciertas injurias cariñosas son los más finos halagos del amor,

que me hizo afanar tanto, tanto sudar y tanto caminar. Pero si te salvó mi penoso afán, el gusto que tengo ahora vale mucho más que el trabajo y el dolor que entonces padecí.

5. Y, ¿qué diré, finalmente, de la dracma perdida, cuyo hallazgo, después de tantas inútiles fatigas, luego que se vio con ella la mujer del Evangelio, la hizo alegrarse, regocijarse y complacerse más con ella que con todo el dinero que tenía guardado en sus gavetas? Olvídase enteramente de lo que tenía, y solamente se acuerda de lo que encontró, sin saber hacer otra cosa que festejar y celebrar aquel recobro.⁴⁷ Convoca a sus amigas y vecinas, comunícales el hallazgo de su dracma, quiere que la feliciten, le den mil enhorabuenas y se alegren tanto como ella; que la que antes no era más que una miserable dracma parece haberse transformado en una preciosísima perla, dándole mucho valor y mucha estimación su misma pérdida, como si fuera una cosa mucho más estimable y más preciosa que la que había perdido. En efecto, se puede decir que, en cierta manera, era de mayor precio, porque no tanto se hacía recomendable por el valor que antes tenía, cuanto por el peligro de perderse en que después se había visto.

6. Estas y otras semejantes pruebas de su amor a los pecadores, las cuales, si con sólo insinuarlas calientan tanto a la más fría pluma del mundo, que no puede menos de arrojar alguna chispa, ¿qué harán en aquellos corazones bien dispuestos, que se internen a meditarlas? Estas, vuelvo a decir, y otras semejantes pruebas de su amor a los pecadores, bien pensadas y bien rumiadas, ¿cuánto conducirán para conciliarnos el corazón de Dios y para ponerle en el temple más fa-

⁴⁷ Cf Lc 15, 9.

vorable y más propicio que pueda estar respecto de nosotros? Dios alabado y aplaudido en aquello que se puede llamar su gusto, su pasión y aquello de que más se precia; Dios aplaudido y alabado de aquello en que se complace, que más le toca y que es, permítase decirlo así, su flaco, ¿podrá dejar de doblarse a lo que deseamos? Y en doblarse, en inclinarse, ¿no se pudiera decir que hace tanto su negocio como el nuestro?

III

*Este medio, no sólo dispone a Dios para oírnos
benignamente, sino que al mismo tiempo
nos dispone a nosotros para orar bien*

1. Pero si usando nosotros de este medio, no es posible que Dios no esté dispuesto a oír nuestras oraciones, tampoco lo es que, usándole, no nos hallemos nosotros con todas las mejores disposiciones para orar. Supongamos a un alma bien persuadida, bien penetrada y bien convencida del amor que Dios le tiene, por pecadora y por miserable que sea, y dígaseme después si es posible que, animada y confortada con este pensamiento, no ore y no se encomiende a él como conviene. Ella sabe muy bien lo mucho que es amada; pues, ¿cómo podrá dejar de presentarse al Señor con la mayor seguridad e intrepidez? ¿Cómo no ha de pedir con la mayor confianza? ¿Cómo podrá no perseverar pidiendo y santamente obstinada salirse a toda costa con aquello que desea? Ella, finalmente, sabe el exceso a que llega el amor que Dios le tiene, pues, ¿qué cosa la podrá contener? Antes bien, ¿qué cosa no la estimulará a valerse de todos los medios y echar mano para conseguir su intento de la molestia, de la importunidad, de la libertad, y por fin, hasta del mismo atrevimiento?

Persuadida bien de esto, o ya pertenezca a la clase de aquellos indiscretos que no saben acabar, o a la de aquellos quejumbrosos que siempre están gimiendo, o a la de aquellos atrevidos que pretenden todo lo que se les antoja, o de aquellos espíritus violentos que parece quieren arrebatarse por fuerza lo mismo que suplican como gracia, a los cuales todo se les hace lícito, todo permitido y todo asequible; persuadida a que siendo tan amada puede conseguir su intento por cualquier camino, sea el que fuere, no sólo llegará a estar segura del logro de sus deseos, sino que pocas veces conseguirá que se anticipe, y aún se precipite el buen despacho.

2. Y aquí se me permitirá que, antes de concluir este punto, traiga a la memoria un ejemplo, que a primera vista podrá parecer menos oportuno, pero que quizá no será fácil encontrar otro que explique mejor mi pensamiento. Bien asegurada Dalila del extremado amor que le profesaba Sansón, se le puso en la cabeza sacar de él, por todos los medios imaginables, el secreto de aquello en que consistía su prodigiosa fuerza, terror y ruina de los filisteos. A este fin, ¿qué no hizo la sagaz y astuta hembra? Comienza primero por las caricias y por las lisonjas, ¿y de cuántas no se vale? Viendo que nada alcanzaba con ellas, pasa de las lisonjas a las quejas. Múdase de tierna y cariñosa, en desdeñosa y resentida. Síguense a los halagos los desprecios, la indignación a las caricias. Lo que no ha logrado por bien, lo quiere conseguir por mal, y van tan adelante el fingido enojo que, atándole con fuertes cordeles..., pero, ¿a dónde no se adelantó? ¿Qué no hizo? Verdad es que en lo que hizo, aunque fue grande su osadía, todavía fue mayor su reflexión y advertencia. Conociendo íntimamente la pasión y la flaqueza del sujeto con quien trata, está bien segura de que haga con él lo que quisiere, siempre lo hará impunemente, y al cabo, se

saldrá con cuanto quiera. Me figuro que diría allá para consigo: por más empeñado que esté Sansón en guardar su secreto, por más que se haga el taciturno, el duro, el impenetrable, yo le tengo bien conocido, sé cuál es su flaco, le venceré; no sabrá enojarse conmigo, o si se enoja, le pasará pronto la cólera. En efecto, mezclando diestramente lo atrevido con lo lisonjero, y los desdenes con las caricias, siempre fija en su intento, sin desistir de lo que deseaba, logró, al cabo, todo cuanto pretendía.

3. No me hubiera atrevido a valerme de esta figura si no me hallara escoltado con la venerable autoridad del Crisóstomo, el cual, no acertando a explicar el exceso de amor que profesa Dios a un alma penitente, no tiene dificultad en expresarlo con estos términos: “Ningún loco amante está tan perdido de amor por el objeto que le embelesa, como lo está Dios por un alma pecadora, cuando ha vuelto a su gracia o está en camino de volver a ella”. Y, ¿quién no sabe las santas locuras de su amor, como las llama un santo Padre? Mas si todos las sabemos, ¿quién no comprenderá vivamente que un alma tan perdidamente amada no será digna de perdón si no pide animosamente y sin temor todo aquello que ha menester; y si no persiste obstinada en pedir y en esperar?

¿Quién no comprenderá que el que es tan perdidamente amado nunca se adelantará demasiado por mucho que se adelante, que en las circunstancias en que se halla, puede y debe echar mano de todos los medios obsequiosos y animosos, reverentes y atrevidos, propios e impropios, en suma, con un Dios que hace con él exorbitancias de amor, puede él, también, hacer con el mismo Dios locuras de confianza? Sepámonos, pues, aprovechar de las grandes ventajas que nos concede la amorosa ternura de nuestro Dios, y prometámonos

todo buen despacho de nuestras oraciones, estando ciertos de que no sabrá él defender sus gracias de nuestros ataques, ni más ni menos como no supo Sansón defender su secreto contra los ataques de Dalila.

4. “Esto es, Señor, lo que yo estoy resuelto a ejecutar. Veréis que asciende a vuestra presencia mi oración; la confianza y la perseverancia serán las dos alas que la sostendrán; pero no os prometeré yo que no despliegue también las alas de la animosidad, y de un cierto alegre desembarazo, y con tanta mayor seguridad las desplegaré cuanto sé muy bien que el que recurre a vos y confía sólo en vos, nunca es tan animoso ni tan desembarazado, que no sea al mismo tiempo reverente y respetuoso. Resuelto estoy a valirme de todo y ayudarme como pudiere. Me aconsejaré de mi necesidad, y ya sabéis vos que la necesidad no siempre sugiere los consejos más prudentes y más moderados. Al mismo tiempo, será también mi consejero vuestro amor, aquel amor que no ya perdona, sino que, antes bien, agradece todo lo que suena a confianza con aire de resolución. Lo cierto es que, de cualquier manera que mis súplicas lleguen a los pies de vuestro trono, siempre me lisonjearé de que lograrán feliz despacho, y repetiré incesantemente aquellas bellas palabras de vuestro salmista: “Mi oración, tarde o temprano, retrocederá a mi pecho”. Oración que vuelve a entrar en el seno del que la hace, no es otra cosa que una oración que logró lo que deseaba, que impetró la gracia que pretendía, y vuelve acompañada de la misma gracia, para alegrar y enriquecer el corazón de donde salió. Tal será mi oración. Ya estoy esperando su vuelta, ya la veo venir para darme buenas nuevas de su feliz viaje, ya me parece que la oigo decirme de lejos: “Partí súplica, y vuelvo convertida en despacho”. Así es, o por lo menos, así será.

CAPÍTULO SEXTO

Para conclusión de todo lo dicho se ponen tres reflexiones

I

Primera reflexión

1. No puedo levantar la mano sin hacer de paso tres reflexiones capaces de atemorizar grandemente a todos aquellos que no hacen el aprecio que deben de la oración y del frecuente uso de ella. La primera es, que de todos los medios que Dios nos ha dejado para conseguir nuestro último fin, éste es el principal, éste es el más conducente, el absolutamente necesario con duplicada necesidad; una la que se llama necesidad de medio, por cuanto sin este medio no es asequible nuestra eterna salvación; otra, que se dice necesidad de precepto, porque en tales y tales ocasiones se nos prescribe este medio, bajo rigurosa e indispensable obligación.

2. Pero se debe observar, como otros lo observaron, que este medio no se puede suplir por ninguna otra cosa, sea la que fuere. En los sacramentos, por ejemplo, hay casos en que el vivo deseo de la persona

que no los puede recibir, supla su falta y equivalga a su eficacia. La contrición puede suplir la falta del sacramento de la penitencia; una obra meritoria se puede subrogar por otra, como la limosna por el ayuno, y así, de otras sustituciones. Pero la oración no se puede sustituir. Éste es el único medio que no tiene equivalente ni puede ser suplido por otro, sea el que fuere. Si se deja a un lado, si no se piensa en practicarlo, si nada o poco, y aún entonces muy mal nos valemos de él, pregunto: ¿qué será de nosotros?

3. Y más, que así como en el orden natural, sabia y amorosamente dispuso Dios que aquellas cosas más necesarias a la vida fuesen poco costosas y fáciles de encontrar, del mismo modo determinó que en el orden de la gracia, lo más necesario para la salvación, lo tuviésemos siempre a la mano, como se suele decir. Por esta razón, cuanto menos fatiga, menos diligencia y menos estudio nos cuesten aquellos medios que él mismo nos preparó, tanto menos excusable es aquel que no se aplica a aprovecharse de ellos. San Agustín y otros Padres con él, llaman a la oración llave del cielo,⁴⁸ para significarnos que, por más cerradas que estén para el pecador aquellas dichas puertas, no pueden dejar de abrirse al secreto y a las guardias de esta llave maestra. Pero, ¿se necesitará gran fuerza para el manejo de esta llave? Después de la gracia de Dios, que jamás nos falta, ¿no es de tan fácil manejo que para moverla basta cualquier mano?

4. ¡Oh, válgame el cielo! ¿Quién no será bueno para encomendarse al Señor, para pedirle mercedes, para suplicarle, para instarle? Un pobre que tiene lengua en la boca, ¿no sabrá pedir limosna? Un hambrien-

⁴⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón 226*.

to, ¿no sabrá pedir pan? Cada día estamos diciendo que ninguno es bobo para lo que le tiene cuenta, que en causa propia todos son oradores elocuentes. Y, ¿no lo será más el que se ve reducido a la mayor de todas las miserias? Pues, ¿quién no usará de un medio que, sobre ser tan poderoso y necesario, es, por otra parte, fácil, tan pronto y tan expedito? Y el que no lo pone en práctica, ¿qué caso muestra hacer de su eterna salvación? ¿Ni por cuál otro camino podrá o querrá ir más derecho a ella?

5. Estás lleno de vehementes pasiones, de hábitos perversos e inveterados, los cuales son otros tantos grillos que te tienen aprisionado. No se puede negar que tu estado es verdaderamente miserable; pero al fin, eres un prisionero afortunado, porque en el ejercicio de la oración tienes, en cierto sentido, la llave de los grillos en tu mano; con ella podrás abrirlos y, sin mucho trabajo, ponerte en plena libertad. Dije en cierto sentido, porque para librarte de ellos no basta mover los labios para orar; es menester aplicar también las manos para limarlos según tus fuerzas. Sería engaño y error el persuadirte a que tú nada has de hacer, y a que todo lo había de hacer la oración. Debes hacer algún esfuerzo para librarte de aquella pasión de que te reconoces tan fuertemente ligado; debes procurar conseguir alguna victoria de ella, haciendo alguna prueba de lo que tú mismo puedes; y esto llamo yo aplicar las manos para limar tus cadenas. Pero al mismo tiempo, te doy la alegre y segura noticia de que, con la oración junto a tu cooperación, sentirás tanta fuerza y tanto vigor en las manos, que con la misma facilidad podrás romper los grillos con la lima, que abrirlos con la llave. Por esto se llama llave la oración, porque con ella se consigue la mayor facilidad para cualquier empresa, por ardua y difícil que sea.

6. Pero, cuántos, ¡oh Dios!, cuántos se abandonan a un profundo y perezoso sueño, sin aplicar la lima, sin echar mano a la llave, sin enviar siquiera al cielo un suspiro sobre sus cadenas; pretendiendo, según parece, que Dios, por un milagro semejante al que hizo con el príncipe de los apóstoles, les envíe un ángel que de repente se las haga pedazos. ¿No es ésta la mayor presunción que puede imaginarse? Ciertos rompimientos súbitos de las más fuertes cerraduras, ciertos golpes repentinos de libertad, ciertos temblores, ciertos terremotos extraordinarios que abaten torres, abren prisiones, y desatando pies y manos cautivas las dejan en una total y plena libertad, ¿no son por ventura los más estupendos, pero al mismo tiempo los más raros milagros de la divina gracia? Y el que no digo ya los pretendiese, no digo ya los esperase, sino que solamente pensase en que podía conseguirlos, ¿no añadiría el mayor de los deméritos a todos los antecedentes?

II

Segunda reflexión

1. Es la segunda reflexión que si la oración respecto de todos es el principal y necesario medio para salvarse, respecto de algunos, no hay otro, es el único que ya les queda para no perecer eternamente. No es mi intención examinar aquí, teológicamente, cómo es esto. Baste saber no ser imposible que un alma, por los muchos y grandes pecados cometidos y por su larga resistencia a las divinas inspiraciones, no llegue ya a tener otra gracia que precisamente la de orar. Entonces, estarán cerrados para ella aquellos tesoros de gra-

cias comunes, que de ley ordinaria están abiertos a la universal necesidad, ni tendrá en su mano otra cosa que el volverse a Dios, suplicarle, instarle y conjurarle, para que se digne volver a hacerla participante de aquel don. Esto es lo que nos quiere decir la Iglesia en aquellas famosas palabras de san Agustín, adoptadas también por el santo Concilio de Trento: "Haz lo que puedas, pide lo que no puedas". Luego se puede dar el caso de que un pecador no pueda, verdaderamente, alguna cosa, por falta de los auxilios ordinarios; y ¿qué deberá hacer entonces? Pedir a Dios aquello que no puede, y de esta manera lo podrá. Lo podrá porque se le volverán a franquear los tesoros ordinarios y comunes; lo podrá mucho mejor, porque una vez que se le franqueen los tesoros comunes y universales, poco a poco podrá ir ganando terreno y disponerse para que se le comuniquen los extraordinarios y privilegiados, de manera que no sólo pueda, sino que quiera aquello que debe querer, teniendo fuerzas para hacerlo, y haciéndolo efectivamente. Así podrá siempre, mediante lo que no siempre e inmediatamente puede; puesto que, si no están en su mano los auxilios para aquella cosa que está obligado a hacer o dejar de hacer, como sin embargo tiene en ella la oración, misericordia de Dios que jamás le falta, y siempre está a su disposición, ya tiene en el puño aquel anillo que está unido a los primeros auxilios, y trayendo éstos hacia sí, podrá, poco a poco, atraer siempre toda la dorada cadena de los otros mayores, hasta llegar a los eficaces, que son inseparables de su efectiva conversión.

2. Pues ahora, para un cristiano, a quien no le queda otro camino que éste para llegar a puerto seguro de salvamento; para uno que en el mar de esta vida no encuentra otra cosa que escollos y bajíos, en los cuales, llevado de la tempestad, es fuerza que perezca; para

uno que ve cerrados todos los puertos de la costa, sin poder arribar a ellos navegando, fuera del único puerto de la oración; si no dirige la proa hacia éste, si no procura refugiarse en él haciendo fuerza de vela y remo, ¿no será irreparable su desgracia?

3. Pero adviértase, ¡oh, y de cuánta importancia es este aviso!, que no basta arrimarse hacia este puerto, no basta bordearle, ni tampoco basta abrigarse hacia su boca, es menester entrar en él, y no sólo entrar, sino zarpar, echar el áncora y tomar fondo. Llamo bordear, arrimarse, entrar y no dar fondo, a una oración superficial, que se puede llamar fantasma o máscara de oración; un cierto encomendarse a Dios... como dice el Crisóstomo,⁴⁹ ... encomendarse a Dios, de burlas, y más como quien se chancea o se zumba, que como quien seriamente y de veras se recomienda. Un cierto orar, que sólo es un ir y venir; porque no es de quien se detiene en la oración, descansa y reposa en ella, sino como uno que entra en su casa, la saluda, da una vista a todos los cuartos sin hacer mansión en ninguno de ellos, y se vuelve a salir a divertirse. Este es un barco que, haciendo agua por todas partes, entra en el puerto para carenarse, y se detiene en él tan poco tiempo como si solamente hubiera entrado para visitarle. Es cierto que Jesucristo nos dice ser la oración una segurísima enseada para aquellas naves que entran en ella y se detienen el tiempo que ha menester para repararse; pero no nos habló así, ni de aquéllas que sólo toman la boca del puerto, ni de las que zarpan en él a entrada por salida; antes bien, en aquellas palabras: “No todo el que me dice: ‘Señor, Señor, entrará en el reino de los cie-

⁴⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía* 79.

los' ”, nos da a entender que más de uno, con el nombre del Señor en la boca, como quien dice, estando a la boca del mismo puerto, padece naufragio y miserablemente se pierde.

III

Tercera reflexión

1. La tercera reflexión es que para todos, sean justos o pecadores, es tan necesaria la oración, que sin ella no podemos conseguir la alta, la inestimable, la superior a todo mérito nuestro, la última de todas las gracias, que es la perseverancia final. Por no embarzarnos en cuestiones escolásticas, y digo ser de fe, que así como no se puede merecer la primera gracia, que da principio en nosotros a la obra del Señor, así tampoco se puede merecer la última, que pone fin y término a ella. Esta gracia, por más que hagamos nosotros, ya ejercitando todas las virtudes, ya pasando toda la vida en la práctica de los más santos ejercicios, con inocencia de costumbres, con aspereza y rigor de penitencia; en fin, por cuanto podemos hacer de nuestra parte; si Dios nos la concede, siempre será regalo, no premio; puramente gracia, no justicia; acto de generosidad, no paga de deuda.

2. Mas no por eso, dice san Agustín, nos debemos acobardar, porque son dos cosas muy diferentes “merecerla” y “conseguirla”. El merecerla no está en nuestra mano, pero sí el conseguirla; porque la lograremos siempre que queramos. Pero esto, ¿cómo puede ser? Por medio de la oración, con la cual nos meteremos en posesión de ella; y como la consigamos, ¿qué nos importa que sea por gracia, o sea como fuere? Antes

bien, debemos agradecerla y estimarla más viniendo como gratuita, porque esto cede en mayor gloria del mismo Dios. Mas porque el sernos más estimable y más grata no nos serviría de pleno y perfecto consuelo, si estuviéramos inciertos y dudosos de conseguirla, vuelvo a decir, que aunque es así, que por más que haga el hombre, nunca puede llegar a merecerla; sin embargo, en el que hace de ella el objeto de sus fervorosas e incesantes oraciones, hay una cierta virtud, un cierto atractivo en fuerza de la promesa de Jesucristo, por la cual infaliblemente vienen a ellas, dejándose prender de aquel, quiero explicarme así, inevitable cebo. De esta manera, aquella gracia, que no tiene ni puede sentir fuerza alguna de obra meritoria, se deja siempre vencer del convite, y siempre se deja prender del cebo de la oración. Y ésta, añade el mismo santo, es la diferencia que hay entre la primera y la última gracia; la primera la da Dios a quien no se la pide, porque no siendo así, no sería la primera; pero la última, solamente para aquellos que se la piden la tiene pronta y preparada.

3. Pues ahora, si las cosas van así, de cuánta importancia y de qué indispensable necesidad nos será el uso de la oración, puesto que por sola ella nos podemos asegurar de conseguir la incomparable gracia de morir en gracia de Dios. Y aquel gran don, al cual por su extrema elevación ningún tiro de mérito puede alcanzar, le alcanza ella y le hace caer delante de sí, como despojo de su arco y de sus saetas, llegando finalmente a conseguirlo, de manera que, casi se puede decir que llegue también a merecerlo, no ya con mérito riguroso o de justicia, sino con un cierto mérito que se puede llamar mérito de súplica y de oración, lo que explica el santo con aquellas palabras: "Merecerlo suplicando".

4. Mil veces, pues, dichoso, y dichoso por todos los caminos, aquel que con mayor o menor necesidad, y en cualquier estado en que su alma se halle, puede encomendarse a Dios fervorosa y frecuentemente, en el santo ejercicio de la oración, bajo las ya prescritas condiciones; siendo cierto que, por inmutable ley, depende de tan santo ejercicio todo aquello que es necesario para vivir una vida cristiana y para acabarla cristianamente. Hablando san Gregorio de aquella memorable victoria que el pueblo de Dios consiguió de sus enemigos, mientras Moisés alzaba los brazos al cielo, dice: la oración de aquel gran caudillo fue un socorro de innumerables tropas que acudieron a reforzarle, y aquel levantar las manos en el monte, fue un levantar trofeos en el campo.

5. No puedo menos de seguir la bella idea que me presentan las palabras muy significativas de aquel gran teólogo, y no menos grande orador: elévome, pues, y me introduzco con el pensamiento en el paraíso, recórrolo todo de un cabo a otro cabo, y al ver el inmenso ejército de aquellas almas bienaventuradas, que gozan y gozarán eternamente de Dios, me parece leer en la frente de todos, estampadas con brillantes caracteres, aquellas nobles palabras: "Obras de la oración". Y ¿qué cosa no se entenderá por ellas? Se entiende "obras de la oración", y perfectamente acabada la grande obra de la predestinación. Se entiende que "obras de la oración" lograron la perseverancia final; y consiguiendo por ella la suministración de nuevos poderosísimos auxilios, obtuvieron la gran victoria en el último día decisivo. Se entiende, que a las "obras de la oración" se les concedió aquella gracia, don de purísima misericordia, a la cual corresponde después de la muerte una corona, que es obra de justicia, porque aquel Dios, que de ninguna manera tuvo atención a

sus méritos para hacerles participantes de aquella gracia, quiso después atenderlos, para que lo fuesen de aquella corona. ¡Oh, qué bello giro! La justicia se ve obligada a premiar aquella muerte; aquella muerte debe toda su felicidad a la misericordia; pero tanto esta misericordia como aquella justicia, lo deben todo a la oración, la cual, consiguiendo la gracia final, puso por ella en movimiento el premio que vino después; y habiendo dado principio al arco de tan bello círculo, le condujo dichosamente al fin, y le cerró.

6. Pero no se debe llamar fruto de la oración solamente aquella gracia final que corona todas las demás, sino también éstas mismas que la precedieron. Qué bellas memorias estamos viendo en aquella dichosísima patria de victorias conseguidas sobre el mundo, sobre las pasiones, sobre todos cuantos enemigos interiores y exteriores infectan el curso de nuestra mísera vida, y nos exponen a continuo peligro de perdersen. Pero observa cuánto excede al número de los habitantes, el número de los monumentos que en aquel triunfante pueblo se ven admirablemente esculpidos y figurados.

El mayor honor que a un gran capitán se tributa en este mundo es, cuando alrededor de la estatua que le representa, se graban las grandes y gloriosas hazañas que hizo, y se forman de sus hechos de armas y de sus preclarísimas empresas aquella mole, aquellas bases, aquellos lados y aquellos ornamentos. De semejante honor me figuro yo que gozan en el cielo los bienaventurados, los cuales jamás dieron ni vencieron batalla en este mundo, que no la vean trasladada allá en el otro, y esculpida en otros tantos trofeos o rasgos de brillantes y esplendísimas luces. Pero, ¿cuántos de estos trofeos podrá contar cada uno? Trofeos de la soberbia abatida, trofeos de la venganza sofocada,

trofeos de templanza, trofeos de pureza; y así de otros, erigidos por semejantes victorias. Pero advierte bien que todos son obra, trabajo y escultura de la oración. Diferentes en la materia, varios en el dibujo, pero fabricados todos en la misma oficina, y signados con el bello nombre del grande Artífice que los erigió; en todos se lee: "Obras de la oración", y en todos se presenta a la vista la misma inscripción. La oración alzaba en la tierra las manos de los combatientes y, al mismo tiempo, estaba esculpiendo en el cielo sus trofeos; o por mejor decir, alzaba sus brazos en la tierra y en sus mismas proezas esculpía en el cielo su virtud. "Levantando como trofeos las obras de la oración".

7. Supuesto, pues, que todos los que se salvan se salvan por medio de la oración, ¿cuánta obligación tendrán todos ellos al divino arte de encomendarse a Dios, el cual, según Tertuliano,⁵⁰ nace en nosotros y en nosotros se forma, en virtud de aquel mismo espíritu a quien se dirige, y viene a nosotros del mismo Señor a donde de nosotros va; o que, como dice el Apóstol,⁵¹ no es otra cosa que el mismo Espíritu Santo que en nosotros ora, y en nosotros, por nosotros se encomienda? Será eterna la gratitud de los bienaventurados a la oración, particularmente después que cese el movimiento de los cielos, y se rompan para siempre las medidas del tiempo. Es verdad que después que la oración haya llenado el cielo de sus empresas y de sus nombres, después de haber servido de introductora a todos sus cortesanos, ella jamás entrará en él y, digámoslo así, se quedará siempre a la puerta.

De ella se puede decir lo mismo que de la fe y la esperanza, esto es: que siempre estará desterrada del pa-

⁵⁰ TERTULIANO, *De la Oración*, cap. X.

⁵¹ Cf Rm 8, 26.

raíso; porque como el que ve no tiene ya que creer, ni el que goza tiene ya que esperar, de la misma manera, el que goza nada tiene ya que pedir. No obstante, aunque en el cielo no se da lugar a la oración, en vez de ella es recibida otra que, aunque no sea ella, es muy parecida a ella; quiero decir, la alabanza, la bendición y la exaltación de Dios, la cual, por ser tan semejante a la oración, se llama hermana suya, o por otro nombre, la oración de los que están ya en la patria, la oración de los comprensos: "Su alabanza por los siglos de los siglos".

8. ¡Oh, quiera el Señor que hagamos un buen uso de la oración de los viadores en esta nuestra mortal peregrinación! Cómo reconoceremos y exaltaremos y magnificaremos en el paraíso las obligaciones que le tenemos, reconociendo, exaltando y magnificando aquella infinita misericordia que nos inspiró, nos movió y nos ayudó a aprovecharnos de ella. Así sea.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

Pág.

*Cómo nos debemos presentar a Dios cuando le
vamos a pedir gracias espirituales*

I. Se expone previamente el modo con que le debemos pedir las temporales	11
II. Las gracias espirituales se deben pedir con intrepidez y con seguridad	14
III. Que nuestra intrepidez en pedir debe imitar a la intrepidez de Cristo al tiempo de morir	16
IV. En qué se funda esta nuestra intrepidez	19
V. Cómo se puede componer la intrepidez en el pedir, con la tristeza y confusión que nos deben causar nuestros pecados	21

CAPÍTULO SEGUNDO

*Primera condición, querer seriamente aquello
mismo que se pide*

I. Algunas señales de que no siempre se quiere seriamente	27
---	----

	<u>Pág.</u>
II. Otras señales de que no siempre se quiere seriamente aquello que se pide	30
III. No toda contradicción interior es prueba de que no se quiere lo que se pide	33
IV. Qué es lo que se debe hacer para querer seriamente lo que se pide	35
V. Confírmase lo dicho con un lugar del Apóstol de las Gentes	38

CAPÍTULO TERCERO

I. Por qué es necesaria la confianza	43
II. Primer motivo de nuestra esperanza y sus razones. Propónense la primera y la segunda	46
III. Tercera razón	49
IV. Cuarta razón	56
V. Segundo motivo de nuestra esperanza	60
VI. Tercer motivo de nuestra esperanza	63
VII. Cuarto motivo de nuestra confianza	66
VIII. Conclusión de este capítulo	70

CAPÍTULO CUARTO

Pedir con perseverancia

I. Algunas de las razones por las cuales dilata Dios oírnos	75
II. Razón particular para esperar con paciencia el tiempo en que Dios nos quiere oír	79
III. Fuerza de la perseverancia en la oración	81
IV. No sólo la importunidad, sino también la animosidad de nuestras instancias, es agradable a Dios	85
V. Por qué razón agrada a Dios y se da por bien servido en este modo de orar	89

ARTE DE ENCOMENDARSE A DIOS	119
-----------------------------	-----

CAPÍTULO QUINTO

Pág.

*Medio utilísimo para tener a Dios favorable en
nuestras súplicas, y para que a éstas no les
falte alguna de las necesarias condiciones*

I. Cuál sea este medio	93
II. Prosigue el mismo asunto y se producen nuevas pruebas	96
III. Este medio, no sólo dispone a Dios para oírnos benignamente, sino que al mismo tiempo nos dispone a nosotros para orar bien	100

CAPÍTULO SEXTO

*Para conclusión de todo lo dicho se ponen
tres reflexiones*

I. Primera reflexión	105
II. Segunda reflexión	108
III. Tercera reflexión	111

*Este libro se acabó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. A.,
de la ciudad de Valencia,
el 16 de abril de 1997,
XXII Aniversario del
fallecimiento del Padre*

L D
⊞
V M

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.
- 1955 *Arte de encomendarse a Dios*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia. Reedición, aumentada. Valencia, 1996.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.
- 1995 *Luces sobre el celemín*. Valencia.
- 1995 *Señor, que vea...* Valencia.
- 1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.
- 1996 *Hacia la santidad*. Valencia.

